

ACADEMIA NACIONAL DE
EDUCACION

***EDUCACIÓN, DEMOCRACIA
Y TRASCENDENCIA***

Fernando Storni, S. J.



**BUENOS AIRES
1995**

INV 014304
FOL SIG 37014
LIS 1

**EDUCACION, DEMOCRACIA
Y TRASCENDENCIA**

ACADEMIA NACIONAL DE EDUCACION

Prof. María Celia Agudo de Córscico
Dr. Juan Carlos Aguila
Dr. Jaime Bernstein (t)
Mons. Guillermo Blanco
Dr. Jorge Bosch
Dr. Héctor Félix Bravo
Dr. José Luis Cantini
Ing. Alberto Costantini (t)
Prof. Ana Maria Eichelbaum de Babini
Ing. Hilario Fernández Long
Dr. Pedro J. Frías
Prof. Alfredo Manuel van Gelderen
Prof. Américo Ghioldi (t)
Prof. Regina Elena Gibaja
Prof. Jorge Cristian Hansen
Prof. Plácido A. Horas (t)
Prof. Gilda Lamarque de Romero Brest
Prof. Elida Leibovich de Gueventter
Dr. Mario Justo López (t)
Prof. Mabel Manacorda de Rosetti
Dr. Fernando Martínez Paz
Dr. Emilio Fermín Mignone
Dr. Adelmo Montenegro (t)
Prof. Rosa Moure de Vicien
Dr. Ricardo Nassif (t)
Dr. Oscar Oñativia (t)
Dr. Antonio Pires (t)
Dr. Avelino J. Porto
Dr. Horacio Rimoldi
Dr. Horacio Rodríguez Castells
Prof. Antonio F. Saloma
Dr. Luis Antonio Santaló
Dr. Luis Ricardo Silva
Ing. Marcelo Sobrevila
R.P. Fernando Storni, S. J.
Dr. Alberto C. Taquini (h)
Dr. Gregorio Weinberg
Prof. Luis Jorge Zanotti (t)

ESTUDIOS 5

EDUCACIÓN, DEMOCRACIA Y TRASCENDENCIA

Fernando Storni, S. J.
Académico



Los juicios y opiniones que se expresan en esta obra corresponden a su autor y no reflejan necesariamente la posición oficial de la Academia Nacional de Educación.

📖 EDUCACION, DEMOCRACIA Y TRASCENDENCIA

📖 Academia Nacional de Educación

Pacheco de Melo 2084

1126 Buenos Aires

República Argentina

*La edición de la serie “**Estudios**” está coordinada por los académicos Juan Carlos Agulla y Antonio Francisco Salonia, quien asimismo es coordinador de la Comisión de Publicaciones, división que integran los académicos Regina Elena Gibaja, Marcelo Antonio Sobrevila y Gregorio Weinberg.*

Hecho el depósito previsto por la ley N° 11.723.

I.S.B.N. 950-99350-7-7

Primera edición.

Buenos Aires, 1995.

Compuso los originales: Academia Nacional de Educación.

Imprimió: Editorial La Ley (Tucumán 1471, Buenos Aires).

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

INTRODUCCION

La finalidad de este trabajo es señalar la importancia del aporte contemporáneo de la educación con respecto al proceso político democrático. Y señalar, asimismo, cómo la democracia contiene una exigencia de trascendencia a la que, en nuestro continente, responde el cristianismo con propuestas, hoy en día, de notable modernidad.

¿Puede ser la democracia el resultado de la mayor educación del ser humano? No hay dudas de que desde los tiempos de Aristóteles, por la situación atrasada y degradada mentalmente de muchos componentes de las ciudades griegas, la misma esclavitud y el gobierno de los pocos aparecían como “naturales”. Cuando, como hoy en día, se sabe que la insuficiencia en la alimentación de los primeros años puede producir daños mentales irreparables, no es necesario tener mucha imaginación para considerar que el número de los insuficientes mentales en aquellos tiempos fuera muy grande. El hambre no ha sido vencida todavía en todo el planeta, pero son vanos millones los que en el mundo se alimentan suficientemente como para poder pensar en ser dueños de su propio destino. Claro está, no basta la alimentación si no se da la educación, que cada día es más amplia.

La cultura y la educación, con sus posibilidades de conocimiento de un sinnúmero de ciencias y de experiencias, aparecen hoy también como fuentes de poder; por eso mismo se lucha por un

predominio monopolizador, si este fuera posible. Pero en su misma concepción, la ciencia quiere difundirse, universalizarse. Aquí también el resultado es un hombre capaz de asumir en plenitud su propia libertad.

Como en todos los tiempos, hoy se vuelve a las preguntas esenciales acerca del destino del hombre. La religión, cuya muerte fue de tan diversas maneras anunciada en el paso del siglo XIX al XX, hoy, al terminar este, aparece más floreciente que nunca. La ciencia ha progresado enormemente, pero no ha resuelto todos los problemas. Más aún, ella misma considera que no los puede resolver, que existen otros caminos tanto o más válidos que los suyos. Por eso, un examen de lo que ofrece para la educación el pensamiento religioso predominante en todo el continente americano ha de resultar conveniente, sobre todo si pueden recogerse sintéticamente los mejores esfuerzos.

Este es el contenido del Estudio que presentamos. Con el deseo de lograr, como siempre, un diálogo y porque sabemos que nada hay más grato que avanzar hacia el conocimiento de la verdad en compañía de los demás.

CAPITULO I

LA RELACION INTRINSECA ENTRE EDUCACION Y DEMOCRACIA

La democracia en América

Uno de los aspectos más importantes de la presencia europea en este continente fue el trasplante de organizaciones políticas desconocidas entre nuestros pueblos autóctonos. Dentro de ellas, la que nos interesa destacar aquí es precisamente la democracia. Esta idea de pueblo, de igualdad entre los semejantes, tuvo poco arraigo en América. Por esa razón, Carlos Pereyra pudo sintetizar la experiencia del encuentro cultural con la frase: "La emancipación comenzó con la conquista". Hasta para la civilización europea, a pesar de los siglos de cristianismo, la institución democrática tardó en expresarse con toda la riqueza que el Pueblo de Dios exhibe. La libertad, la igualdad y la fraternidad manifestadas, con sus matices, por las revoluciones norteamericana y francesa tienen su más hondo arraigo en el Evangelio, donde hay un Padre que hace libres, iguales y hermanos a todos los hombres.

No le fue fácil, sin embargo, a la Iglesia Católica de los siglos XVIII y XIX aceptar este origen cristiano de las actitudes democráticas, pero en pleno siglo XX y después de las dos guerras mundiales los nuevos Pontífices -a partir de Pío XI y Pío XII- invitan a los católicos a aceptar y a proponer la democracia como un eco del Evangelio.

Pero también es notable el proceso democrático en sus grandes

manifestaciones ya que viene entremezclado con excesos que impiden aceptar las conclusiones que los teóricos democráticos más renombrados sacan de sus principios.

Como muestra basta un botón que tiene mucha relación con nuestro proceso democrático que se inicia en 1810. Cuando Mariano Moreno, ya instalado en el primer gobierno patrio, se siente en la necesidad de hacer traducir El contrato social de Juan Jacobo Rousseau, no lo hace sin dejar de señalar, en una breve introducción, que el autor ha tenido “la desgracia de delirar en materias religiosas” por lo que prefiere suprimir “el capítulo y principales pasajes donde ha tratado de ellas” (Bruno 1971,221).

Se refería Moreno, sin duda, a aquel capítulo octavo del libro IV en el que, citando a Hobbes, Rousseau afirmaba que “para realizar la unidad política” era necesario “reunir las dos cabezas del águila” y evitar los peligros de la religión católica que hace al ciudadano súbdito de dos poderes (el político y el religioso) sin ser así posible gobierno alguno. La conclusión es que la religión católica debe ser reemplazada por una “religión civil” dirigida directamente por el soberano. Lo que implica un estado absoluto, como fueron todos los paganos en los que el soberano temporal tenía también la obligación de preocuparse de las necesidades espirituales de sus súbditos.

El cristianismo, con aquella frase de Jesucristo: “Den al César lo que es del Cesar y a Dios, lo que es de Dios” (San Mateo, 22: 20-21), establece en el corazón y en el espíritu del hombre un ámbito, el de la conciencia, en el que ningún poder de la tierra tiene jurisdicción.

Una democracia como la rousseauniana contiene en su núcleo una Idea absolutista que se encarnará perfectamente en “las democracias populares” surgidas del marxismo y que constituye una tentación constante para cualquier gobierno democrático no formado por hombres democráticos.

Lo que podemos decir es que hoy en día, y cada vez más, la democracia es considerada la forma de gobierno más adaptada a la naturaleza humana y nadie se atreve a contradecir tal afirmación. Lo que sí aumenta es el deseo de mejorar la democracia. Es decir, reconocer que, así como la monarquía y la aristocracia no necesitan la excelencia sino en uno o en el grupo de los mejores, la democracia la exige en todo el pueblo, porque su anhelo es que todos los hombres vivan la excelencia de ser ciudadanos. Y este anhelo lo tiene el mismo Cristo con respecto a la humanidad: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos, enseñándoles lo que yo les he mandado. Y Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos” (San Mateo, 28: 19-20).

Aquí aparece una primera realidad educacional. Para alcanzar la perfección hay que conocer a *alguien* que lleve a ella. Y éste es el primer movimiento educacional. Aprendemos por imitación. Ya desde la familia. Por lo tanto, nos encontramos frente a una situación en la que las exigencias de un sistema de gobierno convierten a la población en modélica, en cuanto que el comportamiento de todos es el que resuelve que exista o no una verdadera democracia.

Relación entre educación y democracia

El título es demasiado *genérico* ya que son muchas las instituciones que guardan ese tipo de relación con la democracia. ¿Qué queremos decir entonces? Señalar que la democracia, por su misma realidad, anhela que los ciudadanos en su mayoría participen en el gobierno, considerándose iguales a los demás y queriendo defender los derechos de todos; y esto lo logra solamente un pueblo, no una masa.

El término “masa” ha sido utilizado por muy diversos autores. En nuestro ambiente lo popularizó José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*, ya en 1920, para llamar la atención sobre los riesgos que corría una civilización en la que se despreciaba,

según él, a las élites. También en la Argentina, por ese mismo tiempo, nuestro gran poeta Leopoldo Lugones, en uno de sus tantos devaneos ideológicos, proclamó “la hora de la espada” contra el igualitarismo democrático encarnado en la figura del fundador de la Unión Cívica Radical, Hipólito Yrigoyen.

Ortega y Lugones no creían en la posibilidad de la educación de esas masas soberbias en su ignorancia. Todavía no habían sonado las grandes lecciones de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial, en las que se precipitaron masas y dirigencias. De estas experiencias surgen las grandes ideas que configurarán un tiempo que ahora toca a su fin: el mundo de la posguerra. Desde 1945 a nuestros días hay cincuenta años en los que la revolución industrial entra en su tercera etapa por la electrónica y la cibernética, desaparecen los imperios y la democracia se instala en los mas diversos países.

El hecho más importante es que las masas desaparecen y los pueblos se hacen presentes queriendo tomar en sus manos sus propios destinos. Un autor vio con mucha nitidez este hecho en los mismos años de la guerra. En la noche de Navidad de 1944 hablaba así:

“Los pueblos parecen como si despertaran de un prolongado letargo. Frente al estado, frente a los gobernantes, los pueblos han tomado una actitud nueva, interrogante, crítica, desconfiada. Aleccionados por una amarga experiencia, se oponen con mayor energía al monopolio de un poder dictatorial incontrolable e intangible y exigen un sistema de gobierno que sea más compatible con la dignidad y la libertad de los ciudadanos”.

Y todavía añade nuestro autor:

“Estas multitudes, inquietas,... están invadidas... por la persuasión... de que, si no hubiera faltado esta posibilidad de controlar y corregir la actuación de los poderes públicos, el mundo no hubiese sido arrastrado por el torbellino desastroso de la

guerra, y de que, para evitar en el futuro la repetición de semejante catástrofe, es necesario crear en el mismo pueblo eficaces garantías”.

Este autor era el Papa Pío XII y lo decía en su mensaje de Navidad para todo el mundo(Pío XII 1944). Para poder hablar de esa democracia, Eugenio Pacelli, que había sido designado Papa el 2 de marzo de 1939 (el mismo año en que se inició la Segunda Guerra Mundial), va a hacerse dos preguntas: ¿qué características deben distinguir a los hombres que viven en la democracia? y ¿cuáles son las características que deben distinguir a los que ejercen el poder político en las mismas democracias?

Para responder a la primera pregunta va a señalar con profundidad y certeza la diferencia entre lo que es un pueblo y una masa, para afirmar inmediatamente que la democracia necesita un pueblo. Porque el pueblo vive y se mueve por su vida propia, vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. De tales características brota un estado con conciencia de su propia responsabilidad y con el sentido verdadero del bien común.

A la segunda pregunta contestará afirmando el origen del poder del estado en el mismo Dios, “fuente de toda razón y justicia”, y manifestando que, por lo tanto, quien ejerza ese poder deberá tener una clara visión de los fines señalados por el mismo Dios a toda sociedad humana. Por eso, aclara el mismo Papa: “Somos conscientes de las altas exigencias que esta forma de gobierno impone a la madurez moral de cada ciudadano”. Y refiriéndose especialmente al poder legislativo, Pío XII no duda en reseñar las características de sus miembros como:

“Hombres espiritualmente eminentes y de firme carácter, que se consideren como representantes de todo el pueblo y no como mandatarios de una muchedumbre..., que sean imagen de la múltiple vida de todo el pueblo..., de sólidas convicciones

cristianas, de juicio justo y seguro, de sentido práctico y recto..., hombres sobre todo capaces, en virtud de la autoridad que brota de su pura conciencia y se irradia ampliamente a su alrededor, de ser guías y jefes”.

Nos encontramos así ante una tarea ética que exige una educación esmerada en la que toda la sociedad debe sentirse comprometida. Lo interesante es la universalidad de la tarea ya que abarca a todos los ciudadanos con la misma exigencia que se pone para los que asumen la autoridad.

La advertencia también es llamativa. Si no se encuentran estos hombres así formados y así decididos a trabajar por el bien común, aparecerán otros que trabajarán por sus propios intereses o los de su sector o partido y la democracia se encontrará en peligro, tal y como lo enseña la experiencia vivida en estos últimos años en muchos países del primero, segundo y tercer mundos. El texto es elocuente: estos otros hombres hacen

“de la actividad política el campo de lucha de su ambición, una carrera de lucro para sí mismos, para su casta o para su clase social, mientras la caza de los intereses particulares hace perder de vista y pone en peligro el verdadero bien común”.

Por otra parte no habrá de olvidarse que también en las democracias se corre el riesgo de que, en nombre de la voluntad popular, se establezca un sistema absolutista en el que el estado no reconozca límites al poder que le ha transferido el pueblo, sin tener en cuenta los derechos inalienables de la persona humana y de sus asociaciones, que son anteriores al estado mismo.

La importancia que tiene el pensamiento de Pío XII es fácil de aceptar cuando se tiene en cuenta que estas ideas, junto con las de otros pensadores, tanto clérigos como laicos, se encuentran en la raíz de la realización de la Unión Europea que contemplamos en nuestros días.

En momentos en que el mundo se encamina, con mayor o menor fortuna, hacia organizaciones regionales en distintos puntos del globo, el ejemplo de la Unión Europea -con su respeto a la persona humana y a los principios de solidaridad y subsidiaridad- constituye una demostración de la presencia de los principios señalados por Pío XII.

El continente europeo necesitó salir, a través de las trágicas lecciones de la Segunda Guerra Mundial, de un mundo egoísta y autoritario para encaminarse hacia la democracia. Fue una educación terrible. En el momento actual, desde 1989 contemplamos un proceso semejante -menos cruento, es verdad, pero siempre cargado de dificultades- que va en busca de la liberación con respecto a una educación que desde 1918 se impuso en los países que aceptaban la égida marxista-leninista. La nueva educación, que en la misma Rusia se inició con la *glassnost*, puso como base una reconstrucción que comienza con el hombre y realmente lo forma. La tarea ha sido inmensa en la multitud de países que en los distintos continentes (Asia, Africa, América latina) aceptaron el régimen de partido único y doctrina impuesta desde el estado y basada en los principios marxistas-leninistas.

CAPITULO II

EL PROCESO DEMOCRATICO EN EL MUNDO

El avance de la democracia

No hay dudas de que el mundo cumple en estos momentos un proceso de democratización no conocido en ninguna otra época. Con marchas y contramarchas, es cierto, pero con avances impresionantes. Una razón es, sin dudas, la caída del marxismo y, especialmente, el modo en que se ha producido. Esta caída no se debió a una derrota militar o a un estancamiento económico, que alguno hubo, sino fundamentalmente a un cansancio ante la mentira del paraíso tantas veces anunciado y nunca logrado, especialmente en los países-satélites.

Pero la otra causa, también muy presente, es este mundo de las comunicaciones en el que nos movemos cada vez más y por el que conocemos los avances logrados en los países más democráticos. El mundo de la comunicación es un mundo educativo. Especialmente a través de la imagen, un lenguaje que hasta los analfabetos entienden, la humanidad contempla y se contempla a sí misma en todos sus avances y retrocesos, de donde surge un deseo de progreso que, ya se sabe, no será lineal, pero que cada vez está más ofrecido a todos. Los mismos sistemas educativos se enfrentan a formidables desafíos que auguran una humanidad más conocedora de su propia realidad. Y ellos, los sistemas, son los encargados de resolver los problemas.

Rusia es la primera de las naciones que ha comprendido que la transformación depende fundamentalmente de la educación y por allí se inició la perestroika, su mayor esfuerzo. A este respecto bien valen los opúsculos de Tatiana Zaslavskaya, *La restructuración comienza con el hombre*, y de Guennadi Yagodin, *Una educación que realmente forme*. La primera, economista y socióloga, es miembro de la Academia de Ciencias de Rusia y el segundo, también miembro de la citada academia, en 1985 ocupó el cargo de ministro de Educación Superior y Media Especializada. Estas publicaciones eran parte de un plan muy vasto, organizado por la editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, de Moscú.

Este esfuerzo, podemos añadir, se está realizando en muchos otros países del amplio espectro ex marxista y no será fácil llevarlo a su plenitud. Uno de los principales obstáculos a este avance de la democracia se presenta en los mismos países que han pretendido ser modelos de instituciones democráticas, pero que comenzaban mostrando sus defectos en la educación. Las graves fallas de la educación, especialmente en orden a contribuir a la formación de una ética pública, han permitido la aparición de la corrupción en muchos gobiernos reconocidos como democráticos.

Ética y democracia

En nuestras tierras latinoamericanas nos hemos acostumbrado a pensaren las democracias absolutas surgidas, como la francesa, del terror y del emperador, pero no en las otras, como la americana, cuyo fundamento son la Biblia, sus valores y el respeto del individuo ante todos los avances de un estado que sueña con ser todopoderoso. Si entendemos bien a Alain Touraine en su *Crítica de la modernidad*, la democracia que no es una creación de la modernidad es, ante todo, una lucha contra la opresión y, al mismo tiempo y más significativamente, la creación de un sujeto que rehúsa quedar reducido a ser ciudadano, trabajador o consumidor.

Porque la democracia no es el triunfo del pueblo, en cuyo nombre hemos visto establecerse las peores tiranías, sino la subordinación de las obras, las técnicas y las instituciones a la capacidad creadora y transformadora de los individuos y las asociaciones. Los valores de la racionalidad y de la libertad no son propiamente sociales sino que, llevados por el sujeto, son capaces de transformar la sociedad en algo mejor para todos los hombres.

A pesar de que la modernidad, muy a menudo, ha aparecido en lucha contra la religión, sin embargo, la misma noción de *sujeto* encierra muchos valores religiosos. Especialmente, el *sujeto de la modernidad* no es más que el descendiente secularizado del presentado por la religión cristiana.

Aunque Touraine haya sido siempre un autor bastante confuso, es bueno destacar sus esfuerzos por salvar a la modernidad a través de una afirmación más completa del sujeto humano, aquél que ya se buscaba en la declaración de derechos de la Revolución Francesa, en la Norteamericana (con su referencia a los valores religiosos) y en la *Declaración universal de los derechos humanos* de las Naciones Unidas.

Es bueno recordar aquí el fracaso final del laicismo escolar francés, vencido no por el poder de la Iglesia ni por el de las familias (a las que tanto temía el estado masón), sino por la insistencia de las niñas musulmanas en utilizar su velo facial, sea o no éste un signo religioso.

También en nuestro país, y después de un largo proceso, el ideario educativo ha logrado afirmar la necesidad de una integralidad en la formación de los alumnos. La escuela laica, como se la consideró en la Argentina y en Francia, terminaba siendo enemiga de la religión y de las familias que la reconocían como guía de su conducta. Aunque el estado afirmara su neutralidad y no su enemistad, el no permitir que ni siquiera se hiciera referencia al hombre religioso fatalmente lo hacía aparecer como un enemigo.

La discusión clara y sincera de los propósitos de los participantes del Congreso Pedagógico Nacional provocó que en la afirmación de los principios se llegara a hablar de una “educación Integral” y se abandonara totalmente el adjetivo “laica”.

CAPITULO III

LA MODERNIDAD EN LA ARGENTINA

Las nuevas relaciones entre la sociedad y el estado

La Argentina ha experimentado en los últimos treinta años transformaciones que en los recientes seis se han acelerado. En éstas se incluyen la crisis generalizada del estado de bienestar (*Welfare State*) y de los populismos, con las reacciones, muchas veces violentas, de los gobiernos militares que se sucedieron en nuestro país. Del retorno de Perón ala dictadura militar de 1976 se suceden años de violencia que van deshaciendo el estado de bienestar. El neocapitalismo y el conservadurismo ofrecen su ejemplo desde Inglaterra y Estados Unidos con todos los rasgos del individualismo egoísta más crudo del liberalismo.

La transición a la democracia en los años ochenta acelera la quiebra del estado de bienestar y permite la irrupción, ya en los años noventa, de la reforma del sector público con el auge de las privatizaciones y el repliegue del estado aposiciones neoliberales. Lo más sintomático es el cambio de las relaciones del estado, de manera que mientras se permite a la sociedad recuperar algunas de sus funciones asumidas por el estado de bienestar, se concentra lo económico en aquél con pérdida del sentido social. Como lo señala García Delgado (1993):

“El nuevo estado no se caracteriza por una orientación al desarrollo y a la distribución sino que refuerza su rol fiscal, de

responsabilidad monetaria y garante de equilibrios macroeconómicos”.

Lo propio de la sociedad de masas, que provocaba movimientos sociales y políticos de incorporación (la escuela, el sindicato, la burocracia, la empresa pública, la fábrica y el servicio militar), pierde su sentido y nos encontramos con actores sociales que declinan en importancia para la actividad de un estado absorbido por lo económico.

Pero hay algo mas en el tema de la crisis del estado. Surgen tareas y obligaciones que sobrepasan las posibilidades de actuación del estado-nación. Las políticas de transportes y comunicaciones, de medio ambiente, de mantenimiento de la seguridad (ante el terrorismo internacional) y de lucha contra la droga (ante el poderío económico del narcotráfico) obligan al estado aislado a aceptar que su soberanía no puede ser absoluta si quiere servir en todos estos problemas al bien común de su pueblo.

También Influye en esta crisis el proceso de Internacionalización --surgido y provocado por los grandes organismos internacionales desde el sistema de las Naciones Unidas-- que nace de la toma de conciencia por parte de los pueblos de que el nacionalismo es la principal fuente de conflictos y no sólo en los países que se autoproclamaron totalitarios, sino en cualquiera de los que más se Jactaban de democráticos y hasta de socialistas.

A todo esto se agrega el funcionamiento de los organismos brotados de los acuerdos de Bretton Woods que, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, organizan la economía mundial, y la ahora Organización Mundial del Comercio, que reemplaza al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), instituciones que implican otra reducción de la soberanía de los países mas débiles. A esta mundialización se le agrega la acción de las empresas transnacionales que hasta cambian de nacionalidad según su conveniencia y actúan con total

independencia respecto de los estados nacionales, inclusive de los más poderosos.

Su influencia en la educación

¿Cuáles son las consecuencias de esta crisis del estado? El estado benefactor, con todas sus debilidades, poseía como política un actuar fundamentado en fuertes componentes normativos, surgidos de las distintas utopías sociales que provocaron su aparición, juntamente con la esperanza de un éxito colectivo que lograría establecer una nueva sociedad. Tanto el marxismo como el keynesianismo fomentaban esta ética social. La crisis del estado provocó la caída de la ética pública y esto significó la declinación de aquella ética vinculada a las ideologías sociales basadas en el interés nacional o de clase, populares, pero también hizo caer las éticas familiares o religiosas que permitían trascender al egoísmo fomentado por el anterior liberalismo capitalista entrado en crisis en 1929.

¿Qué provoca esta crisis de la ética? Hay ahora, nuevamente, un quebrantamiento de la estructura cultural básica. Deja de funcionar aquella mediación simbólica que “posibilitaba la integración en torno a un determinado conjunto de pautas o valores compartidos”.

A lo que aparece, muchos lo llaman “el posmodernismo”. En su aspecto cultural, el nuevo paradigma le ofrece al hombre su liberación de aquella normatividad para ser reemplazada por la cultura que fomenta el consumo y el éxito personal. Moral del individuo a quien el mercado libre le enseña a vivir sólo en el presente. Como el mundo se fragmenta, se pierde el sentido histórico de la existencia y se abandona una comprensión compartida de la justicia.

Agreguemos que el actual sistema económico admite la exclusión, tanto del mercado como de la política, de hasta un tercio de

la sociedad, hecho que provoca una creciente desigualdad. Como poseer y consumir es la mayor virtud, nos encontramos con una sociedad en la que la ostentación y la exhibición de bienes de consumo -cuanto mas sofisticados, mejor- señalan el verdadero éxito. La riqueza no es pecado -aunque se use en provecho propio- ni tampoco un peligro para el alma -como lo sostiene el Oriente-; por lo tanto, todos los sectores sociales se lanzan en su búsqueda. También la acción política pierde su sentido ético.

Estas transformaciones del estado y la sociedad, sin lugar a dudas, influyen muy negativamente sobre la educación o, mejor dicho, exigen de la educación un esfuerzo que el mismo estado, preocupado por los otros temas que hemos señalado, no se encuentra en condiciones de atender. ¿Qué hará la sociedad? En la Argentina se ha notado una creciente preocupación por la educación por parte de la sociedad. Baste considerar las estadísticas acerca del crecimiento de los establecimientos educativos privados en todos los niveles, hasta en el universitario. El peligro se da en que esta reacción no conlleva una crítica de la misma sociedad sino todo lo contrario: la sociedad que acepta un nuevo paradigma quiere también que el sistema educativo lo consolide.

CAPITULO IV

LAS DIFICULTADES DE HOY DE LA EDUCACION

El dilema de la educación

La educación es, fundamentalmente, el medio con el que una sociedad desea mantener vivos sus valores, incluidos los que pueden significar un cambio en profundidad. Por eso, la educación siente la necesidad de la existencia de un conjunto de ideas y valores aceptados por la sociedad a la que la educación quiere servir.

Nuestra sociedad, miembro de una civilización denominada habitualmente occidental y cristiana, no encuentra hoy un conjunto sólido de valores. Estos valores, fundamentalmente metafísicos, necesitan, sin embargo, un apoyo cosmológico o físico, una concepción del mundo basada en las ciencias naturales o fuertes. Pero, ¿qué sucede en ellas?

Comencemos por las llamadas ciencias duras o fuertes como la física o la química. Todo este siglo XX es una enorme incógnita acerca de la misma materia y sus componentes. Desde los escritos de Einstein, de 1905 hasta hoy, los científicos más caracterizados no consiguen elaborar una teoría general aceptable para todos. Desde Planck a Hawking se ha ido forjando la idea de que el mundo no puede ser concebido como una máquina sino como un pensamiento y que la misma materia no es algo sólido como lo quería la

física clásica sino algo indeterminado. “El descubrimiento del aspecto dual de la materia y del papel fundamental de la probabilidad destruyó la Idea clásica del objeto sólido”, afirma Capra (1992, 87).

Pero aun cuando todo esto sea exacto, no está aceptado por la totalidad de la comunidad científica y, por lo tanto, resulta difícil exponerlo de manera comprensible para los alumnos de los niveles inferiores, aunque lo necesitarán cada vez más.

Esta física así conocida por los sabios provoca tal cambio en la concepción del mundo que tardaremos algún siglo más en aceptarla. Pero sin física no puede haber metafísica y allí encontramos la raíz de la falta de grandes sistemas filosóficos en estos tiempos. Por otra parte, las físicas tienen influencia en las demás ciencias y mientras la física newtoniana ha logrado transformar las otras ciencias, la de la relatividad y la cuántica no lo han logrado todavía y, por lo tanto, nos encontramos con ciencias atrasadas respecto a la nueva física. Y de ahí los problemas que no pueden ser resueltos en nuestro actual universo porque lo seguimos pensando de acuerdo con Newton, pero sabemos que ésta no es la solución verdadera.

En el libro de Capra que citábamos más arriba, el autor intenta la aplicación de la nueva física a las ciencias sociales, en especial a la economía. Las mayores dificultades que aparecen hoy en esta ciencia comienzan a evaporarse cuando entendemos que el mundo es un mundo interdependiente y que ningún problema económico puede solucionarse si no lo entendemos unido a los demás.

Esta situación de las ciencias plantea un gran dilema a la educación. Ya no se puede pensar en un conjunto determinado de verdades o valores para transmitir, sino en la formación de personas, de sujetos, como diría Touraine, capaces de afrontar con la mente más ágil y despierta los nuevos desafíos de la historia.

No basta la formación científica, que siempre habrá de tenerse en cuenta, si no va acompañada de una integralidad de la persona humana que permita la creación de un pueblo de hombres y mujeres que han asumido en sus manos su propio destino para realizar una comunidad de seres vivientes, como ya los llamaba San Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre viviente”.

Es interesante aquí señalar que el objetivo del catolicismo ha sido siempre la formación del Pueblo de Dios. Este Pueblo está formado por quienes aceptan ser compañeros de Jesús. No es ni una aristocracia ni un rey acompañado de súbditos, es toda la humanidad a la que se le ofrece la posibilidad de realizarse en el Dios encarnado.

Por algo el Concilio Vaticano II, sintetizado en el Código de Derecho Canónico de 1983, nos dice, hablando de todos los fieles cristianos, que

“por su regeneración en Cristo se da entre todos los fieles, en cuanto a la dignidad y a la acción, una verdadera igualdad en virtud de la cual todos, según su propia condición y función, cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo”.

Como se ve, se proclama la mayor igualdad entre quienes conforman sus vidas al ejemplo de Cristo. El reencuentro de los cristianos de la Iglesia Romana con la igualdad fundamental provocará, sin dudas, un acercamiento mayor a la democracia, siempre en discusión entre la igualdad y la libertad.

¿Cómo establecer una mayor igualdad en la sociedad civil? Uno de los instrumentos es la educación, pero no como actualmente se la considera, sino a través del crecimiento de la autopista de las comunicaciones, gracias a la cual todos los hombres estarán en condiciones de recibir la mayor cantidad posible de información. Si hay algo que llama la atención en estos momentos es la rapidez con que los hombres llegan a la información, aunque no hay duda de que todavía se encuentran enormes diferencias en ese acceso.

Pero las posibilidades son cada día mayores para un mayor número de personas. También aquí los estados que con mayor rapidez desregulen el acceso a la información obtendrán una mayor educación de una parte cada vez mas importante de sus ciudadanos.

El estudio del momento actual ala luz de los últimos adelantos de la ciencia nos abre el camino a una nueva concepción de la educación que tendrá como objetivo fundamental la creación de la autonomía del sujeto pensante a fin de que él mismo organice su propia vida. Los materiales estarán a su alcance y desde muy jóvenes deberán aprender a manejar el discernimiento para toda clase de elecciones. Para esta tarea no se podrá trabajar aislado sino que el equipo será un componente esencial de la educacion. Estos equipos estarán en comunicación con todos los demás equipos y los conocimientos y las transformaciones alcanzadas serán difundidas rápidamente para que sean aprovechadas por la mayor cantidad posible de personas. Así se formara el nuevo pueblo para la nueva democracia.

Todo esto se logrará por el avance cada vez más vertiginoso de la producción de conocimientos y el perfeccionamiento de los medios de comunicación que hará de cada persona el centro de una infinidad de relaciones que aumentará la riqueza de las mentes personales.

Si se considera que todavía hoy, a casi cien años de la presentación de la teoría de la relatividad, son pocos los que están familiarizados con las ideas de Einstein, se comprende la urgencia que existe en hacerla popular para que influya en todas las demás ciencias, especialmente en las sociales. La globalización de las ciencias, la interdependencia de los fenómenos y la conciencia cada vez más clara de la repercusión de los efectos de cualquier medida en ámbitos cada vez más amplios exigirán una determinación lograda a través de consensos más vastos.

Los jóvenes que alcanzan en estos momentos los mejores

puestos son designados con el nombre de “analistas simbólicos” y son los que realizan perfectamente el trabajo de las naciones, que hoy en día es la mayor riqueza de los pueblos. Estos jóvenes deben especializarse en cuatro habilidades (la abstracción, el pensamiento sistémico, la experimentación y la colaboración) para poder afrontar los nuevos y más variados problemas que el mundo de hoy les presenta. Así lo señala el actual ministro de Trabajo del presidente William Clinton, Robert Reich, en su libro *El trabajo de las naciones*.

Los nuevos tiempos de las ciencias duras: física y mística

Uno de los cambios más interesantes en la relación de las ciencias llamadas “duras” -como la física y la química- con los demás aspectos del conocimiento humano se refiere a su relación con la mística, especialmente con la oriental. Un físico austriaco ya citado más arriba, Fritjof Capra, después de haber escrito *El Tao de la física* (libro en que señala la confluencia de la física moderna con los principios de la metafísica y la mística orientales), volvió a tratar el tema en *The turning point* (“El momento del cambio” o “El punto crucial”), donde llega a decir:

“La visión integral de la mente parece coincidir perfectamente tanto con la visión científica como con la visión mística de la conciencia, y por consiguiente proporciona el marco ideal para llevar a cabo su unificación” (Capra 1992, 346).

Capra termina este capítulo noveno, titulado “La visión integral de la vida”, señalando:

“Entre los místicos occidentales aquel cuya filosofía se aproxima más a la nueva biología de sistemas es probablemente Pierre Teilhard de Chardin... [quien] trató de integrar sus percepciones científicas, sus experiencias místicas y su doctrina teológica en una visión coherente del mundo, dominada por un pensamiento de procesos y centrada en el fenómeno de la

evolución. La teoría de la evolución formulada por Teilhard contrasta netamente con la teoría darwiniana y presenta una notable similitud con la nueva teoría de sistemas”.

Destaca asimismo que Teilhard acuñó el término “noosfera” como el tejido de ideas que recubre el planeta Tierra desde la aparición de la inteligencia humana y termina diciendo que

“sus Ideas aparecerán bajo una nueva luz y es probable que contribuyan de manera significativa al reconocimiento general de la armonía que existe entre las ideas de los científicos y las de los místicos” (Capra 1992, 355).

Como se ve, esta posición de Capra, seguida por otros científicos de fama, implica un cambio muy grande con respecto a las concepciones positivistas y materialistas que han predominado hasta ahora en el mundo de las ciencias.

Después de que Newton mencionara la presencia de los ángeles como causante de algunas irregularidades encontradas en sus hipótesis, recién en nuestros días se ha vuelto a señalar la posibilidad de una hipótesis divina. Tomemos el ejemplo de Trinh Xuan Thuan, profesor de la Universidad de Virginia (Estados Unidos), quien en su libro *La melodía secreta* dice: “La existencia del ser humano está inscrita en las propiedades de cada átomo, estrella y galaxia del universo, y en cada ley física que rige el cosmos”. El capítulo de donde proviene la cita está dedicado a una hipótesis: Dios.

No hay que olvidar, por otra parte, que ya en 1944 Max Planck, expositor de la mecánica cuántica y del cuanto de acción de su nombre, al pronunciar una conferencia en Florencia afirmaba:

“Como físico, es decir como persona que ha servido durante toda su vida a la ciencia más sobria, a saber, a la investigación de la naturaleza, estoy a salvo, seguramente, de que me tomen por un soñador. Y así, después de mis investigaciones sobre el

átomo, les digo a ustedes lo siguiente: ¡No existe la materia en sí! Toda la materia surge y subsiste únicamente por la propia fuerza que hace vibrar las partículas atómicas y las mantiene unidas para que formen el pequeñísimo sistema solar que es el átomo... Así que detrás de esa fuerza hemos de suponer que hay un espíritu consciente e inteligente. ¡Ese espíritu es la razón primordial de toda la materia! No la materia visible, pero perecedera, es lo real, lo verdadero, lo efectivo, sino que el espíritu invisible, inmortal, es la verdad. Pero como tampoco puede existir por sí sólo el espíritu en sí, sino que todo espíritu pertenece a un ser, debemos admitir por fuerza que hay seres espirituales" (*Planck* 1990, 807; traducción del alemán por Viator).

Puede preverse que en nuestro medio será mucho más difícil la aceptación de tal posición dado lo escaso de nuestro conocimiento científico en el ámbito escolar. Lo mismo, el espíritu laicista ha preferido mantener separados los ambientes de la escuela y de lo religioso y en la Argentina esto ha producido falta de riqueza en la integralidad de la educación, porque siempre ha habido temas que no valía la pena considerar ya que eran privados o familiares. Que la misma ciencia se encamine hacia una relación más estrecha con la mística no será mirado con buenos ojos.

Sin embargo, si deseamos entrar en el *primer mundo* y realizar un avance substancial en el tercer milenio del cristianismo, será necesaria una gran transformación en nuestra educación que no podrá lograrse si, una vez más, el estado quiere controlar la educación, especialmente su nivel superior. Necesitamos que toda la sociedad sienta la responsabilidad de apoyar el mejoramiento de la formación de las nuevas generaciones.

Como, por otra parte, la sociedad está interesada en dedicarse a la educación -como lo demuestra por la fundación y creación de nuevas escuelas y universidades-, nada sería mejor que el reconocimiento por parte del estado de una amplia libertad de enseñan-

za. Lo que, por su parte, significa poner la base de una sociedad realmente democrática.

CAPITULO V

HISTORIA DE LAS IDEAS DEMOCRATICAS EN AMERICA

La realidad democrática de Norteamérica

No hay dudas de que en nuestro continente la suerte de la democracia ha sido muy diversa. Y es bueno tenerlo en cuenta en relación con nuestra educación.

Si miramos la organización de los Estados Unidos de Norteamérica encontramos, siguiendo a Tocqueville, que la fuente del poder está en *la comuna* y que entre los funcionarios (o select men) elegidos anualmente uno se denomina *comisario de las escuelas* y dirige la instrucción pública. Por lo tanto, la educación está en manos de la municipalidad, porque así nacieron los Estados de la Nación, a través de los pequeños grupos de ciudadanos que llegaban a formar, en los primeros tiempos, las más primitivas poblaciones.

Por eso, Tocqueville agrega que cuando los reyes de Inglaterra reclamaron su parte de soberanía se limitaron a tomar el poder central, pero dejaron a las comunas en el estado en que las encontraron. Las comunas no están sometidas al estado (o, en nuestro lenguaje, a la provincia) sino cuando aparece un interés general o social. También en el lenguaje de hoy, hablamos del principio de subsidiaridad, como lo hace la Unión Europea, que se aplica cuando una necesidad es más amplia, más social y debe ser resuelta en otro nivel de poder: sólo entonces la comuna obedece

al estado. Por ejemplo, si el estado desea organizar la instrucción en todo su territorio, la comuna está obligada a crear las escuelas pedidas por la ley. Pero la comuna mantiene su autonomía. El estado ordena la escuela, pero la comuna es la que la construye, la paga y la dirige. Lo mismo sucede con el impuesto: lo ordena el estado, pero lo recoge la comuna y ésta le transfiere al estado lo que le corresponde. La democracia se forma así, desde abajo y en todos los campos.

Se desparrama el poder y son muchos los que lo ejercen, pero cada uno conserva poco. De allí surge una vida política muy distribuida donde se aprende a colaborar en diversas funciones sin pretender por ello dominar a las personas sino servirlos. Trabajar para la comuna es un honor que se retribuye con honorarios acordes con la tarea que se realiza, pero no más allá del valor de la tarea realizada.

El predominio del espíritu comunal es el fundamento más sólido de toda la vida política norteamericana. Es la pequeña comunidad política la que forma a los hombres para cumplir mejor todos sus deberes cívicos. Esta realidad en los Estados Unidos se une a otra que la hace más fuerte. Como dice Tocqueville (1963):

“Yo había visto entre nosotros [los franceses y europeos en general] el espíritu de religión y el espíritu de libertad marchar casi siempre en sentido contrario. Aquí [en los Estados Unidos] los encontraba íntimamente unidos el uno con el otro: reinaban, juntos, sobre el mismo suelo”.

Y lo más notable es que esto podía suceder gracias a la total separación entre la religión y el estado. De esta manera, la religión conservaba el dominio sobre las conciencias porque no deseaba contar con el apoyo del poder terrenal para lograrlo.

Esta independencia ante el poder humano también protegía a la educación, puesta siempre en manos de los padres y de su religión, libre del intervencionismo estatal. Baste pensar que nunca

han existido universidades federales (nacionales) en los Estados Unidos y que tampoco han sentido, hasta nuestros días, la necesidad de contar con un ministerio nacional de educación para enfrentar el crecimiento de la investigación en las universidades. Pero el principio ha sido siempre la libertad de pensamiento para defenderla de las amenazas de los intereses políticos.

Por esta actitud fundamental, la educación de los Estados Unidos, a pesar de todas las críticas que se le puedan hacer, continúa siendo la más exitosa en formar personas autónomas, analistas simbólicos (como se los llama actualmente), y esto es así porque sigue viviendo con pasión la realidad de la necesidad de la libertad en el ejercicio de la inteligencia.

En 1987, Allan Bloom, un gran profesor de Chicago, publicó un libro sobre el tema de cómo la educación superior de los Estados Unidos no cumplió con la democracia y empobreció la mente de los estudiantes de hoy, porque había abandonado la idea de formar verdaderos hombres libres (Bloom 1987). Esta crítica puede ser realizada, sin embargo, en una sociedad verdaderamente libre.

Lo importante está en que, desde Tocqueville a Bloom, existe la misma preocupación de unir la educación con la democracia en un apoyo recíproco. La libertad de enseñar y aprender es parte del ideario democrático y, del conjunto de derechos, no hay dudas de que es el más alto porque se refiere a la formación no sólo científica sino también moral de la sociedad.

¿Qué encontramos en nuestra América?

En primer lugar, la presencia de una religión, la católica, estrechamente ligada con el estado, una monarquía en la que su protagonista era un laico católico que consideraba su primer deber extender su religión. No existía la idea de un sano laicismo, recién proclamado en su tiempo por Pío XII. La Iglesia les reconocía a esos laicos algunos privilegios como nombrar obispos, crear

jurisdicciones eclesiásticas, cobrar los diezmos y controlar las escuelas y universidades para que se enseñara la sana doctrina. La existencia del Tribunal de la Inquisición fue una señal clara de la seriedad con que el poder civil colaboraba en la defensa de la fe.

En todo el siglo XIX se mantendrá esta tensión entre el estado y la religión, especialmente la católica, como dos poderes en su afán por dominar las conciencias de los fieles o súbditos. Esto afectará seriamente a la educación. La influencia de la Revolución Francesa, incluido el período napoleónico, alcanzará a la misma universidad, transformada en formadora de los cuadros directivos y burocráticos del estado. Mientras los “próceres” oscilaban entre la democracia y el imperio, la educación se convertiría en una arma del poder político para imponer las nuevas ideas y derechos, con riesgo para la misma libertad de enseñar y aprender.

Mientras en Norteamérica las ideas democráticas se implantaron con esa clara relación entre libertad y religión (Tocqueville), en las demás regiones de América se impusieron, en forma sucesiva, la democracia jacobina-rousseauiana, los seres privilegiados o “próceres” salvadores de la democracia y, finalmente, los regímenes militares, pretorianos o de seguridad nacional. La democracia sobrevivirá, como en estos momentos, afectada por mentalidades formadas a través de una cultura y ambiente no democráticos. Y esto porque la educación no se ha mostrado interesada en la democracia.

Pensemos por ejemplo en nuestro país. Es cierto que en la organización nacional hubo campeones de la educación popular, pero ésta no tenía otro objetivo que el de incorporar la mano de obra extranjera a la educación primaria. Más allá de este nivel, la propuesta estatal se reducía a los colegios nacionales secundarios, instalados en las capitales de provincia para formara quienes seguirían los estudios universitarios en una institución cuyo objetivo era la formación de la clase dirigente del nuevo estado liberal y positivista.

Lo notable de la situación argentina es que al perder vigor el fundamento teórico del proyecto nacional sólo se encontró un nacionalismo secularizado como sustituto. Así, la formación moral e ideológica de los argentinos se destacó por su sentido nacional, por la exaltación de sus “próceres”, especialmente los militares (Año del Libertador General San Martín, *El santo de la espada*, etc.), hecho que permitió una intromisión creciente de la doctrina de la Seguridad Nacional que culminaría en el gobierno de las Fuerzas Armadas de 1976 a 1983.

CAPITULO VI

EL CONGRESO PEDAGOGICO NACIONAL

Democracia y educación a partir de 1983

Al regresar las fuerzas democráticas, el tema educativo fue afrontado con mucha conciencia de que había mucho por hacer y de que los partidos políticos lo conocían poco, aunque algunos de los líderes de la Unión Cívica Radical habían sido activos dirigentes de la Federación Universitaria Argentina. De esa manera se llegó a la propuesta de realizar un Congreso Pedagógico Nacional, una especie de gran encuesta a toda la población. La convocatoria se efectuó mediante una ley nacional (ley N°23.114) votada por unanimidad en las dos cámaras legislativas.

Al principio surgieron dificultades por el poco interés demostrado por las mismas autoridades, pero finalmente se organizaron todas las asambleas provinciales y se llegó al congreso propiamente dicho. La intervención de la sociedad fue muy amplia en las zonas menos habitadas y escasa en las grandes ciudades.

Pero creemos que el propósito de interesar a la población en general fue logrado. Lo que se inició el 30 de setiembre de 1984 con la votación de la ley y se cerró en la Asamblea Final de Embalse del Río Tercero en 1988 todavía hoy, en 1995, sigue influyendo en las distintas políticas desarrolladas desde entonces. La descentralización de las escuelas primarias y secundarias, la integralidad de la educación, un ministerio menos educador y más orientador de

políticas, un crecimiento del interés de toda la población en la educación, todo esto se ha logrado. Y todavía seguirá influyendo en el futuro.

A pesar de que los conflictos anteriores volvieron a manifestarse, sin embargo no tuvieron la acritud de otros tiempos y se superaron ante las nuevas realidades.

“El núcleo de la concepción Integral de la educación”, que se destaca en la primera de las conclusiones aprobada por unanimidad en la Asamblea Final de Embalse del Río Tercero, fija ya una concepción nueva de la educación y de sus tareas con respecto a los educandos.

La misma descentralización -que puede aparecer meramente como una decisión técnica- conlleva la urgencia de acercar la educación a sus agentes más naturales como la familia, los padres y los más cercanos de los poderes políticos: la comuna y la provincia. Se aleja así al estado federal del contacto con los problemas que no puede conocer por ser locales.

El reconocimiento de la trascendencia del educando y la necesidad de educarlo en todas sus dimensiones hacen entrever que el laicismo ha sido superado en otro nivel, el cultural, y, por eso, la educación no lo recepta.

Aunque en algún momento se pensó este congreso pedagógico como una continuación de los anteriores, iniciados en 1882, de hecho todo el pensamiento de los años finales del siglo XIX poco tema que decir cuando se llega al tercer milenio en medio de las mayores transformaciones de la historia. Desde la física subatómica hasta los grandes procesos de democratización en todo el mundo, la educación argentina se encontró en la Asamblea de 1988 avizorando los problemas y las soluciones, que le exigía la entrada en el siglo XXI. Basta comparar el lenguaje para tener una idea de los cambios habidos en nuestro propio país.

El hecho de que en 1993 se haya dado la primera Ley Federal de Educación (ley N° 24.195), señalada como necesaria por la Constitución Nacional de 1853, y el hecho de que se discuta desde junio de 1994 una ley de educación superior son pruebas cabales de que el Congreso Pedagógico preparó bien los ánimos y señaló con claridad las deficiencias que afligían a todo el sistema educativo.

La importancia del Congreso Pedagógico también es significativa cuando se piensa en un problema más amplio como es el de los cambios en la relación entre sociedad y estado que se dan en nuestros días en todas las latitudes y tienen una gran repercusión precisamente en el tema educativo para nuestro país.

Señalábamos más arriba la diferencia entre el sistema educativo de Estados Unidos y el nuestro. Especialmente desde 1853, en la Argentina el estado tomó una actitud monopolizadora de la educación desde la primaria a la universitaria. El estado en ese momento histórico consideró que su preocupación educativa era sustancial. Las oleadas inmigratorias y el deseo de transformar al país en una sociedad modernizante justificaban ampliamente su intervención. Un siglo y medio después, el principal resultado de aquel esfuerzo del siglo XIX resultó ser el interés que toda la sociedad reconocía y asumía con el respecto de la educación. Con el retorno a la democracia (1983), los partidos políticos y el gobierno reconocieron la necesidad de revisar todo lo referente a la educación. Y ya no quisieron monopolizar la situación sino que convocaron a ese verdadero *cabildo abierto* de la educación que fue el Congreso Pedagógico.

Dos corrientes aparecieron, sin embargo, inmediatamente. La que quiso mantener el dominio estatal sobre el mismo congreso fue una de ellas. Según se dice, hubo un ministro de Educación que le propuso al presidente Raúl Alfonsín hacer “un congreso pedagógico radical”. Y esta realidad hacía pensar hasta a ciertos grupos católicos muy comprometidos con la educación que era preferible no entrar en el Congreso Pedagógico porque estaría en manos de

“la zurda”.

La otra corriente aceptó el Congreso Pedagógico como un desafío para realizar un importante intercambio de ideas y posiciones en las mejores condiciones de amplitud, tanto por el número de participantes como por la diversidad de respuestas a los problemas existentes en el espacio educativo.

Al triunfar la segunda posición, el Congreso Pedagógico se convirtió en un momento histórico ya que permitió el reconocimiento de los principales agentes de la educación, sus posiciones y el valor de sus argumentos.

Desde los primeros momentos, una vez vencidas las vacilaciones dentro del mismo gobierno, y en las asambleas más locales se descubrió que no solo los expertos sino que también los maestros y los padres de familia habían aceptado el desafío de hablar sobre lo que les interesaba: la educación de sus hijos. Era la sociedad civil que reasumía, contra el monopolio del estado, su misión educadora.

La literatura en torno al Congreso Pedagógico

Mucho se escribió en el transcurso del mismo congreso. Entre ello, la editorial Docencia superó ampliamente a la oficial EUDEBA en el número de publicaciones sobre los más diversos temas educativos.

El mismo Episcopado Católico, que a través de su equipo de Educación Católica venía preparando un documento sobre el tema, antes que se diera la ley N° 23.114 pudo publicar su trabajo *Educación y proyecto de vida* en el que se consigna que los temas educativos

“cobran particular actualidad con motivo del próximo Congreso Pedagógico Nacional, convocado por la ley 23.114, en cuyas

deliberaciones ansiamos participar activamente y al que aportaremos con verdadera amplitud de espíritu nuestras ideas, experiencias y proposiciones”.

Ya en ese documento, la educación era presentada como

“la formación integral, armónica y permanente de la persona humana en la totalidad de sus dimensiones constitutivas; la capacidad de presenciaconsciente, crítica y creativa, valorante y rectora; la libertad responsable, la corporeidad asumida en todas sus posibilidades y limitaciones; la reciprocidad en la comunión y la participación interpersonal; la trascendencia hacia los valores y definitivamente hacia Dios, razón y fin supremo de la existencia”.

Esta descripción-definición tuvo éxito porque la repitió el presidente Raúl Alfonsín al inaugurar las tareas del Congreso Pedagógico Nacional y también la incluyó la Unión Industrial Argentina al crear su comisión de Educación. Es una clara idea de que el pensamiento sobre la educación había avanzado hacia una concepción más humanista para superar el cientificismo de la época precedente.

Dijimos que mucho se escribió antes y durante el Congreso Pedagógico. Pero también se escribió después, para poder comprenderlo. Predomina, sin embargo, en los autores como un cierto desconcierto. Era lógico porque hubo muchas ideas, prejuicios, intenciones no claras, pero sobre todo, incapacidad de imaginar lo que se quería. Por ello en muchos no se comprendió la actitud católica, que al principio pareció querer desconocerlo y que luego (y desde las bases) se manifestó deseosa de participar, entender, proponer y, dejando de lado posiciones sectarias, establecer un diálogo con las más diversas posiciones. Esta actitud se apoyaba, además, en el documento de la Comisión Episcopal, que contenía una clara afirmación pluralista, una propuesta humanista con amplitud de miras y una rotunda defensa de la libertad de enseñar y aprender.

Un libro interesante, posterior al Congreso, es el compilado por Cayetano De Lella y Carlos Pedro Krotsch, conocidos en el ambiente pedagógico y miembros del Instituto de Estudios y Acción Social. Lograron un conjunto de aportes muy importantes, desde Aguerrondo y Albergucci hasta Stubrin y Tenti (en orden alfabético), de distintas posiciones ideológicas pero que estuvieron muy clara y decididamente comprometidos con el Congreso Pedagógico. Quizás fue demasiado rápido para un juicio más matizado, pero esto sólo le da un carácter distinto. Es la primera reacción ante el final del Congreso Pedagógico (De Lella y Krotsch 1989).

La obra fue publicada por Sudamericana en octubre de 1989. Está presentada por una introducción escrita por los compiladores, dieciséis páginas en las que señalan que es conveniente mantener y continuar el debate sobre el Congreso Pedagógico, ya que significa un punto de partida para seguir interesando al pueblo argentino en el problema de la educación; lograr establecer los nuevos discursos que buscan conciliar antiguos antagonismos que, de mantenerse, harían perder fecundidad a la misma investigación educativa. ¿Se podrá finalmente hablar de un discurso educativo emergente, que sea una base de consenso y que suponga un nuevo proyecto de país?

Los artículos compilados se presentan en cuatro acápite: “Desarrollo global”, “Enfoques específicos”, “Participación” y, finalmente, “Asamblea de Embalse”. La síntesis final podría ser que

“a pesar de los límites, el Congreso Pedagógico fue un hecho inédito, una experiencia rica y compleja, un proceso de participación significativo del que es posible aprender. También se destaca el valor potencial de múltiples actividades en la base, no registradas, que deberían ser materia de estudios sistemáticos”.

Otro autor redescubre la figura de Saúl Taborda, sobre quien

escribiera nuestro colega Adelmo Montenegro, recientemente fallecido, para criticar desde lo “facúndico” el sistema sarmientino por su fundamento rousseauniano.

El gran defecto del Congreso había sido, en el fondo, no establecer, en primer lugar, una discusión sobre el modelo nacional, para no llamarlo proyecto, por humildad, como lo decía Perón. Pero, esta crítica, no es valedera en su totalidad ya que, de alguna manera, todos los que llegaron a discutir en el Congreso expresaron a su modo su concepción de un modelo nacional.

En Taborda hay algo más. Su crítica al modelo sarmientino se refiere a que el hombre que quiere formar dicho modelo es el ciudadano nacionalista y el productor idóneo, lo cual es reducir la concepción misma del hombre, quien, ante todo, debe buscar el despliegue de sus valores, el desarrollo de su espíritu, como se daba en la educación tradicional argentina, la que recibió Sarmiento de su madre y a la que el mismo Taborda llama “facúndica”.

Evaluación y perspectivas

Lo que vuelve una y otra vez en los autores del poscongreso es la discusión sobre los papeles del estado y de la sociedad civil. Basados en una principalidad del primero, sin explicar los fundamentos de la misma ni sus alcances, se defiende una intromisión en la tarea educativa misma. El estado es el órgano principal de una sociedad en busca de sus destinos. En eso estamos todos de acuerdo, pero de aquí no se sigue que el estado tenga que ser educador, comerciante, médico, o industrial. Lo que se rechaza en la educación es el estado que al querer ser bienhechor se hace tirano y monopoliza.

La principalidad del estado surge de su preocupación por el bien común, pero éste se define por las condiciones que aquél debe hacer surgir en favor de las personas y las instituciones encargadas, ellas sí, de realizar lo que el estado contribuye a forjar a través

de un sistema jurídico y de seguridad. También el principio de subsidiaridad es parte de ese sistema jurídico. El estado debe realizar lo que las familias y las asociaciones intermedias no pueden lograr.

Lo difícil en este momento en la Argentina es que el estado no se da cuenta de que la educación es una de las tareas que la sociedad quiere tomar nuevamente en sus manos. Mientras el actual gobierno afirma sus pretensiones de desregularizar muchas de las actividades civiles, insiste en mantener bajo su control a la educación. En el Congreso Pedagógico, las posiciones se encontraron disímiles, pero quizás las estatizantes correspondían más a burócratas que a pensadores.

Como siempre ocurre en nuestro medio educativo, las contradicciones en el pensamiento se presentan sin pudor, como aquella autora que escribe que se pueden sostener los principios de democracia y justicia social al mismo tiempo que la hegemonía del estado en la educación. Un estado hegemónico, especialmente en la educación, es lo contrario de la democracia y la justicia social.

Por otra parte, los participantes católicos representaban franjas muy disímiles en sus posiciones políticas, desde ex ministros de Educación de gobiernos militares hasta liberales críticos del sistema de la organización nacional por su espíritu monopólico. Aunque fue la más numerosa (casi llegó a una tercera parte en la Asamblea Final), no se impuso sino gracias a determinadas alianzas que no siempre facilitaron un diálogo más fecundo. Pero constituyó, indudablemente, un progreso con respecto a otros encuentros. La posición laicista intransigente prácticamente no existió porque sus mejores elementos habían evolucionado en sus ideas. Los resultados que se obtienen hoy en la legislación demuestran un avance con respecto a la libertad de enseñanza.

Creemos, finalmente, que los resultados del Congreso Pedagógico Nacional, como lo señalan varios autores, no pueden medirse por los datos que poseemos porque mientras se preparó y se

realizó hubo encuentros, conversaciones y discusiones de alto nivel que permitieron comprender mejor las distintas posiciones y se pudo establecer, de alguna manera -sobre todo después de habervivido tantos años de dictadura militar-, que las posiciones no estaban tan alejadas y que no convenía insistir en las diferencias cuando son tantas las preocupaciones similares de quienes desean una mejor educación para el país. Y esto es algo que se resuelve en el interior de las conciencias, un interior donde es imposible buscar estadísticas y sobre el que no se puede creer que basta una encuesta para entrar en su profundidad.

El futuro podrá mostrar mejor los resultados obtenidos y su influencia en muchas conciencias. Uno de los aspectos interesantes del Congreso Pedagógico ha sido el modo de presencia de los grupos católicos. Señalábamos más arriba que la Iglesia Católica recomendó oficialmente a todos sus fieles la participación más intensa y mejor preparada y la respuesta fue, por lo general, buena y en algunos casos excelente. Desde las reuniones de base hasta la Asamblea Final se escuchó su voz y sus preocupaciones con muchos matices. También se mostró que la actitud integrista no era la mayoría y esto contribuyó al espíritu del diálogo. Pero al mismo tiempo demostró el proceso de cambio que se está produciendo en este pensamiento. Por eso me parece conveniente presentar las transformaciones que se han realizado últimamente en el ideario educativo católico de las tres Américas, de acuerdo con el trabajo de la Confederación Interamericana de Educación Católica.

CAPITULO VII

EL PROCESO DEL PENSAMIENTO CATOLICO EN LAS TRES AMERICAS

El catolicismo en América

Desde sus orígenes, la Iglesia Católica puede entenderse como una tarea de educación. Las palabras de su Fundador, al dejar establecida la misión de sus discípulos, fueron claras: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos, enseñándoles a cumplir lo que Yo les he mandado. Y Yo estaré con ustedes hasta el fin de los siglos” (San Mateo, 28: 19-20). Era por lo tanto, la entrega de una enseñanza a través de la predicación, del *kérygma*, según el texto griego, que los Apóstoles y los demás miembros de esta entidad naciente debían comunicar. No hay comunicación sino a través de una comunidad. Jesucristo se dedicó precisamente a formar una comunidad de amor y dejó en sus manos el futuro de su misión. Notable fue la situación de ese grupo de personas, no demasiado doctas y que se veían investidas de una tarea a la que no estaban acostumbrados y para la que no estaban preparados. Sin embargo, fue ese grupo el que puso en marcha una tarea que en cinco siglos había llegado a ocupar el pensamiento del Imperio Romano, en momentos en que parecía desvanecerse ante el empuje de los pueblos que venían desde más allá de sus límites.

Lo curioso fue que a la caída de aquella organización política, la Iglesia no desapareció. Muy por el contrario, en ella parecieron refugiarse el pensamiento y la institucionalidad de la misma construcción política en decadencia. Como lo señala Arnold

Toynbee en su estudio sobre las civilizaciones y la religión (Toynbee 1949), la Iglesia Católica conservó la idea de la ley eterna romana y la institución del Pontificado y con estos instrumentos trabajó para evangelizar y civilizar a los nuevos pueblos que no la conocían.

De esta unión de los pueblos llamados “bárbaros” por los griegos y romanos con el Evangelio surgió una de las grandes civilizaciones, la Edad Media, cuyo testimonio de espiritualidad lo encontramos hasta en la arquitectura gótica y en las grandes sumas teológicas que iluminaron el mundo a partir del siglo XI. Una extraña y maravillosa conjunción de tres grandes civilizaciones, la judaica, la islámica y la católica occidental, se produce en esos siglos. Baste señalar la cantidad de autores judíos y árabes que aparecen en los libros del más grande teólogo católico, Santo Tomás de Aquino, un napolitano miembro de la Orden Dominicana, la misma que fue fundada por el español Domingo de Guzmán.

Lo que ya se había hecho con la cultura romana a través de los primeros Padres Apostólicos se perfecciona en esta nueva síntesis. No olvidemos, entre otros aspectos, que el sistema de los vitraux de las catedrales góticas no era más que la enseñanza del catecismo y de la Biblia a través de vidrios coloreados (del mismo modo en que, siglos más tarde, estas enseñanzas se redescubrirían a través de los dibujos animados).

América aparece en la historia mundial como el resultado de un intento de expandir la Edad Media hacia otros límites. La civilización occidental descubrió que el mundo era un globo y que existía todo un nuevo continente que duplicaba a la península europea de Asia. Primero, los imperios católicos de España y Portugal y, después, los de Francia, Inglaterra y Holanda llegaron a las tierras americanas. Los dos primeros se funden con los pueblos autóctonos. Surge así un enorme mestizaje que se mantendrá como una de las características más significativas de este continente, con resultados muy diversos.

Mientras que América del Norte, especialmente Estados Unidos, se constituyó en un enclave fundamentado en la Reforma Protestante, tanto en Canadá como en América Meridional el pensamiento católico se estableció como religión, aunque no consiguió una transformación de las instituciones.

Hoy el continente americano es cristiano en su mayoría, con católicos y protestantes mezclados en todo el territorio. Hasta podemos señalar que la jerarquía católica de los Estados Unidos es anterior a la de la Argentina. El primer arzobispo católico norteamericano fue designado en 1808, mientras que la Arquidiócesis de Buenos Aires sólo se estableció en 1862. El catolicismo estadounidense, con sus características peculiares, es sin lugar a dudas una manifestación de espíritu y creatividad. Y su sistema educativo es poderoso y muy extendido, a pesar de sus actuales crisis. Por lo tanto, la conjunción de este continente en el campo educativo podría significar un valioso aporte a la evangelización del mismo y una influencia muy importante para el catolicismo mundial.

La renovación del pensamiento católico en el continente latinoamericano

En el orden teológico, Estados Unidos tuvo su primera herejía en lo que León XIII llamó el “americanismo” aunque sus habitantes jamás se reconocieron en esa imagen. Luego su teología tuvo un gran momento de esplendor en la lucha por la dignidad de la persona humana y su libertad religiosa en el Concilio Vaticano. Su teólogo, el jesuita John Courtney Murray, influyó decididamente en la declaración *Dignitatis* humanae a través de sus estudios anteriores sobre la verdadera posición católica en los escritos de León XIII.

Por su parte, la teología latinoamericana posterior a dicho concilio, a través de sus obispos, párrocos y teólogos, reverdeció el concepto veterotestamentario de “liberación” que produjo el

fenómeno denominado como la teología del mismo nombre. La *teología de la liberación*, a través de numerosos libros, seminarios y realizaciones practicas como “las comunidades eclesiales de base”, ha producido una verdadera conversión en la Iglesia de nuestro continente y ha ejercido una enorme influencia mas allá de sus límites. Así surgió una teología de la liberación en Africa y en Asia, como se pudo ver en el Sínodo Africano y en libros como el de Pieris (1990).

Aloysius Pieris, S.J., publicó en 1988, en Inglés, su libro “Una teología asiática de la liberación”, que en 1990 salió en edición francesa. Pieris es hijo de Walter John Pieris y de doña Anselmina Setunga, de nacionalidad cingalesa. El jesuita se ha especializado en el budismo y es profesor de vanas universidades. Su preocupación principal es contestar desde el cristianismo alas dos grandes preocupaciones asiáticas: el gran número de pobres y la diversidad de las religiones. Son dos desafíos que el catolicismo debe resolver al mismo tiempo. Y de aquí surge la teología de la liberación que presenta en su libro.

Como se ve, cuando nos enfrentamos con la educación surge Inmediatamente la dimensión universal del problema. Y cada vez mas debemos acostumbramos a pensar en estas coordenadas. Por eso nos interesa, en un trabajo como éste, señalar con claridad el pensamiento continental de la Iglesia Católica.

Es bastante conocido el hecho de que America latina es el primer continente en el que los obispos católicos se han organizado en una sola conferencia que los congrega, los reúne en asambleas y cuenta con una organización sobre temas de interes común (uno de ellos es el departamento de Educación). Este departamento ha trabajado en colaboración con la Confederación Interamericana de la Educación Católica (CI EC) por lo que el texto que nos ocupa cuenta con su aval. Además, la tarea ha sido larga y participada porque en ella han intervenido todos los países, desde Canadá a la Argentina, a través de sus propias federaciones y en reuniones colectivas que se realizaron en Brasilia, México,

Toronto, Guatemala, Caracas, Quito, Asunción y Buenos Aires.

Por su parte, la CIEC había nacido ya en 1945 y su objetivo se centraba en “una educación de una democracia americana del futuro en las escuelas, colegios y universidades”. Desde 1980, influida por la asamblea general del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) realizada en Puebla, se habla de la “metodología de una educación en y para la justicia”. Impulsados por las preocupaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) acerca de la necesidad de lanzar al mundo un código de ética para el ser humano de nuestro tiempo, los educadores católicos del mundo hablan en 1982 en Bangkok de “Una educación en los valores para las sociedades del año 2000. Un desafío a los educadores cristianos”. Un año después, en 1983, la CIEC responde en Caracas con su tema “Año 2000: Pedagogía de valores ético-sociales para nuestros pueblos” e insiste en los cuatro grandes valores: respeto al otro en cuanto diferente, solidaridad responsable, interioridad (afirmación de la dimensión trascendente) y creatividad.

Y este tema concluye en el congreso de Buenos Aires al afirmar como su objetivo “Educar con el pueblo desde su cultura” tratando de armonizar, iluminados por Puebla, la trilogía educación-pueblo-cultura. Lo señalaba el padre Luis Ugalde, S.J., de Venezuela: “El pueblo como coeducador”; y lo urgía el entonces presidente del CELAM, nuestro actual cardenal Antonio Quarracino, al destacar la necesidad de la “humanización del hombre en peligro” y al colocara la educación católica de “América latina y su cultura en el marco esperanzador de una *nueva evangelización*”.

El proyecto educativo católico

El mundo entero vive la conciencia de una gran crisis de la educación, pero no hay dudas de que son muy diferentes los niveles de los problemas. Sin ir más lejos, es muy distinta la crisis educativa en Uruguay que en Bolivia y no se puede pensar en las

mismas soluciones, aunque se utilicen las mismas palabras para presentar distintas realidades. Si, además, comparamos las situaciones de las tres Américas, se hacen abismales las diferencias. Pero es cada vez mayor el interés por nuevos contactos en el continente especialmente, como en el caso que tratamos, entre las instituciones educativas, las que, siendo tan diferentes, están unidas por el rasgo común de una misma fe. Es así que son educadores de toda América los que han aprobado un nuevo proyecto educativo católico para todo el continente bajo el título general de *Educación, evangelización, compromiso, una nueva opción educativa para América*.

Para su análisis hemos contado con la guía de dos artículos del padre Mario Iantorno, S.D.B., actual Vicario de Educación del Arzobispado de Buenos Aires, publicados en la revista del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) en los meses de noviembre y diciembre de 1992. Valga esta aclaración para no necesitar señalar en todos los casos la referencia a aquellos artículos (Iantorno 1992a, 1992b). Pero, más directamente, utilizare el Proyecto Educativo CIEC, presentado como texto de trabajo en agosto de 1991 por la misma CIEC en el número 15 del *Serví-CIEC*, y "Aporte del XVI Congreso Interamericano de Educación Católica" al anterior proyecto, presentado en el número 16 del mismo *Serví-CIEC*, de enero de 1992.

Ofrecemos, en primer lugar, la síntesis del documento tal como fue realizada por el Obispo de Alto Paraná (Paraguay), presidente del departamento de Educación Católica del Consejo Episcopal Latinoamericano, monseñor Pastor Cuquejo.

Señalemos, en primer termino, las metas modestamente ambiciosas que se ha planteado el XVI Congreso Interamericano de Educación Católica. Son cinco: una nueva manera de ser persona, una nueva sociedad, la Iglesia que queremos ser, la nueva educación y la nueva evangelización.

La persona es el elemento vital en todo proceso educativo y,

como hombre nuevo, toda persona deberá ser coherente con los valores del Evangelio a fin de poder salir al encuentro de los reclamos de liberación que la circundan.

Desde los valores evangélicos, su coherencia se define más nítidamente por el hombre en su dignidad como hijo de Dios que se proyecta en los demás. La nueva forma de ser persona se caracteriza por la capacidad de relacionarse con el Dios de amor, con la creación, de la que es administrador y perfeccionador, y donde más se manifiesta es en su relación con sus semejantes, las demás personas, teniendo en cuenta especialmente las necesidades de los otros.

La nueva sociedad es reclamada por los pueblos americanos en su deseo de mayor 'participación, de solidaridad y de justicia. Una sociedad que se vea permeada por la fuerza del amor que destierra toda violencia, corrupción, injusticia y hasta la misma muerte.

La Iglesia que queremos ser debe presentar una permanente experiencia de comunión y participación entre todos sus miembros ofrecida en diálogo permanente al mundo al que está llamada a servir.

De esta persona, de esta sociedad y de esta Iglesia debe surgir entonces la nueva educación que se hará realidad cuando el educador, el nuevo, encarne la opción de Jesucristo de liberar integralmente al hombre colocándolo en un proceso permanente de humanización y personalización.

De ahí que su vida interpretada en las dimensiones clásicas de la política, la economía y la cultura significará que él, como educador, será generador de nuevos modos de convivencia, de creatividad para el trabajo y la organización de una nueva cultura, permeada por los valores del Reino de Dios.

Y esta nueva educación será el instrumento de la nueva evangelización a la que ha sido convocado todo el continente

americano ante los desafíos de la nueva cultura. De esta manera, el presidente del departamento de Educación Católica del CELAM se comprometía con todos los educadores para trasladar a la próxima Asamblea General del Episcopado Latinoamericano (que se realizó en Santo Domingo) estas conclusiones como guías para sus deliberaciones.

Nos encontramos, por lo tanto, con un documento que comienza a ejercer su influencia en todo el sistema educativo católico interamericano y por eso nos interesa destacar sus características principales que reflejan lo que actualmente piensan los educadores dentro del ámbito de la Iglesia Católica y en las tres Américas.

Visión de la realidad de América

El documento empieza, siguiendo los pasos de la virtud de la prudencia, con la trasmisión de cómo ven los educadores católicos el estado actual de América, teniendo en cuenta todo el continente.

En general, llama la atención que, a pesar de ser educadores católicos, el panorama este teñido de pesimismo y no de esperanza. Sobre todo teniendo en cuenta que en estos años se ha desarrollado en América latina un vasto movimiento de religiosidad popular sustentado por una reflexión teológica que se ha constituido en la primera gran manifestación de la inteligencia de la fe católica desde el continente latinoamericano.

Mientras que la teología estadounidense apareció poderosa en el Concilio Vaticano II a través de un gran pensador de la libertad religiosa, el padre John Courtney Murray, S.J., principal inspirador de la declaración *Dignitatis humanae* (que trata especialmente el tema de la libertad de conciencia), la teología latinoamericana se desarrolló a partir del mismo concilio con las reuniones del episcopado latinoamericano en Medellín y Puebla y a través de la tarea de obispos, sacerdotes y comunidades de base que dieron origen y fomentaron la que se llamó *teología de la liberación*. Esta reflexión se convirtió en el sustento de las comunidades eclesiales

de base y además ha provocado un importante movimiento intelectual que plantea a toda América latina la urgencia de una transformación humanizadora.

Los educadores católicos hablan, en primer lugar, de los cambios en las formas del poder, de cómo se reagrupa a velocidades inauditas pasando de una situación a otra completamente distinta, proceso que se estaba viviendo en 1989 en todo el imperio soviético.

En la política, el sistema democrático avanza sin encontrar resistencias ni alternativas que puedan sustituirlo. La Iglesia reconoce esta situación e insiste en un mejoramiento del sistema a través de una mayor participación que involucre a un número siempre creciente de ciudadanos.

La cultura se globaliza, con peligro de pérdida de las idiosincrasias locales, pero éstas reaccionan y a veces desembocan en xenofobias peligrosas. Los conocimientos científicos crecen sin descanso y solucionan muchísimos problemas, pero dejan de lado, muchas veces, los más profundos del ser humano. No todo conocimiento es utilizado para provecho del hombre. Todo esto significa un desafío para la educación católica, tanto en el Norte como en el Sur.

La cambian te realidad de/ mundo

El mundo tiende a convertirse en la aldea total. El pensamiento se convierte en sistémico y holístico, en una concepción secularista del viejo sueño católico: una humanidad, una religión, un imperio, aunque en este último caso, democrático.

Nos encontramos afectados por acontecimientos que se suceden día a día. Nuevas iniciativas cambian el panorama para bien o para mal. Prosiguen la centralización y la concentración de las riquezas en pocas naciones. Las demás corren suertes diversas. La gran novedad es China, con su estado marxista-leninista y su

economía capitalista, en varias provincias costeras cuyo crecimiento del producto bruto supera año tras año el 10 por ciento. También en América latina, con el retorno al sistema democrático en lo político, se suceden las novedades: Chile, Perú, la Argentina y ahora Brasil, con un novísimo presidente, gran economista de origen marxista, pero ya entregado al sistema neoliberal, lo cual no significa que no pueda aportar medidas que favorezcan mejoras en la situación de los marginados.

En América latina reverdece una y otra vez el sueño bolivariano. Las iniciativas económicas han fracasado una tras otra. Esta última del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) tiene otras ambiciones, pero será necesario que lo cultural y lo político ocupen los lugares prominentes para que se pueda completar.

La educación debe asumir su función rectora para formar las futuras generaciones en un espíritu americano que una a todos los pueblos, como se intenta en la Unión Europea. Estados Unidos no tiene una política clara con respecto a sus vecinos del sur y procura atraer de a una sus economías. Ya lo ha hecho con México pero no parece dar el resultado esperado y ahora (marzo de 1995) ofrece a Chile el ingreso al Acuerdo de Libre Comercio entre los Países de América del Norte (NAFTA).

Contexto cultural

La gran cultura americana puede señalarse como mestiza y no hay que olvidar que toda cultura es, por lo general, mestiza. A pesar de todas las críticas a la presencia de los europeos en nuestras tierras, la cultura resultante mantiene una fuerte impronta autóctona. Hasta la Argentina, que se jacta de haber tenido poca influencia indígena, debe reconocer que dos de sus más prominentes políticos, Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, eran de ascendencia muy cercana, autóctona.

La teología de la liberación, de fuerte raigambre en el corazón del pueblo latinoamericano, se ha ido convirtiendo en una teología

de la cultura sobre la base de la religiosidad popular. Especialmente, por la influencia de la que puede llamarse teología argentina, cuyos representantes más conocidos son el presbítero doctor Lucio Gera y el reverendo padre Juan Carlos Scannone, S.J.

Todo este proceso tendrá que comenzara influir en la educación como fruto de la cultura embebida en el Evangelio.

Contexto eclesial

Conviene dejar constancia en este Estudio de la Academia Nacional de Educación de la Argentina, cómo se ve la presenciade la Iglesia Católica en el continente en este final del siglo XX.

Según la Conferencia Interamericana de la Educación Católica, la Iglesia "en el período postconciliar en muchos países ha ganado en autoridad moral y capacidad de inspiración" especialmente por su presencia en las luchas populares y en la defensa de los derechos humanos. Los casos de Brasil, de Chile y de algunos países centroamericanos dejaron hasta huellas martiriales ante los regímenes dictatoriales.

Esto se debió especialmente a la visión crítica que la Iglesia tiene, por colocarse con los pobres, de la sociedad a la que quiere servir. El Concilio Vaticano II contiene una lectura crítica de la sociedad hecha desde una actitud de enorme simpatía y solidaridad con el hombre de hoy. El episcopado latinoamericano en su conjunto, tanto en Medellín como en Puebla, y numerosos episcopados locales (el argentino en su reunión de San Miguel en el año 1969, diez años antes de la de Puebla) aplicaron esta lectura a sus propias realidades y descubrieron obviamente lo lejos que estaban de los deseos brotados del corazón de Cristo y del Evangelio.

Hoy, treinta años después del Concilio Vaticano II, se es más consciente de los límites de la modernidad y en los países de mayor prosperidad se experimenta la formidable carga de irracionalidad y de inhumanidad que parecen imponer inexorablemente

el secularismo y la pretendida racionalidad tecnológica guiada por la suprema ley del mercado y de la ganancia. La Iglesia de todo el continente, desde Alaska a Ushuaia,

“se siente cada vez mas llamada a defender e inspirar la calidad de la vida (en el sentido mas trascendente de la palabra) y a señalar los efectos del vacío de Dios en la modelación de la cultura”.

Tanto el llamado a construir la civilización del amor como la preparación del Jubileo del año 2000 muestran la preocupación del actual Pontífice por lograr una verdadera renovación en las filas católicas para proponerla al mismo tiempo a la humanidad entera (Juan Pablo II 1994).

Todo esto exige una creatividad evangélica que se ha manifestado en numerosos sectores de la Iglesia Católica: desde las comunidades de base hasta los obispos y sus conferencias han mostrado con hechos que los principios del Concilio Vaticano II han calado hondo en las conciencias de los que viven profundamente su vocación católica, es decir, servidora del anuncio evangélico y de la atención al prójimo como las dos actividades que Jesucristo encomendó a sus seguidores.

La necesidad de ir creando la masa crítica que pueda provocar el cambio renovador exige un intenso trabajo intelectual para que el Evangelio, a través de las mediaciones de las ciencias sociales, provoque la creación de soluciones concretas que se adapten a las realidades siempre cambiantes de las distintas comunidades locales.

La aceptación de la teología de la liberación como otra de las reflexiones teológicas que a lo largo de los siglos han permitido al Evangelio su trabajo de levadura en la masa ha sido un gran paso adelante con respecto a la Doctrina Social de la Iglesia, que se mantenía demasiado en los niveles de abstracción propios de lo doctrinario. Pero un rasgo muy importante de esta tarea se ha

realizado precisamente en América latina a través de lo que se ha designado con el nombre de “la teología de la liberación”.

Oficialmente la Iglesia Católica ha reconocido a esta reflexión teológica -realizada principalmente por sacerdotes pastoralistas, párrocos y teólogos, acompañados por obispos- de la siguiente manera:

“en la medida en que se esfuerza por encontrar esas respuestas justas... estamos convencidos, tanto vosotros como yo, de que la teología de la liberación es no sólo oportuna, sino útil y necesaria. Debe constituir una etapa nueva -en estrecha conexión con las anteriores- de esa reflexión teológica iniciada con la Tradición apostólica y continuada con los grandes Padres y Doctores, con el Magisterio ordinario y extraordinario y, en época más reciente, con el rico patrimonio de la doctrina social de la Iglesia expresada en documentos que van de la *Rerum novarum* a la *Laborem exercens*” (del mensaje pronunciado por Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Brasil el 9 de abril de 1986).

Esta teología de la liberación ha sido la primera gran reflexión nacida en nuestras tierras que ha tenido repercusión en el mundo entero, y especialmente en África y Asia en el esfuerzo por inculturar el Evangelio en las respectivas culturas.

Los educadores de las tres Américas reconocen en su proyecto educativo católico de 1992 la influencia que la teología de la liberación tiene en su visión de la realidad social, política y económica de cada región. Por lo tanto, reconociendo la diversidad que se da en el continente, afirman, sin embargo, que toda educación católica debe reconocer su deuda con los pobres de las Américas. Y, en consecuencia, la opción preferencial por los pobres que la Iglesia de América latina ha asumido debe también ser asumida por la educación. Es notable, además, que hasta en la porción rica de América se encuentran con un crecimiento de los

bolsones de la pobreza, con antiguos y nuevos pobres, Incluidos aquellos que hasta ayer estaban lejos de padecer ese flagelo.

Mientras los distintos estamentos de esta sociedad eclesial se manifestaban a través de la denuncia y la acción renovadora que en muchos casos provocó hasta el martirio de sus realizadores, este clamor no se ha traducido todavía en modelos concretos de transformación de la sociedad, pero no pueden demorarse mucho más, sin riesgo de quedar como estériles y negativas utopias.

Hoy que el empobrecimiento de gran parte del pueblo latinoamericano es una realidad sangrante, las dirigencias de todo el continente deben asumir su deber de creación y renovación. Está en juego la vida del mismo pueblo y de la comunidad que pretende representarlo.

Visión de la educación en América

Si observamos todo el continente nos llaman la atención las grandes diferencias del Norte con el Sur. El desarrollo del subcontinente del norte demuestra que un buen sistema educativo depende de la sociedad que lo engendra y muestra en este caso el enorme y eficaz progreso de la educación alentada por la necesidad de mantenerlos primeros puestos en el ránking mundial de naciones. Sin embargo, no siempre se ha logrado la Igualdad de oportunidades para los barrios, zonas o etnias más pobres.

El pecado y el egoísmo predominan y no se logra crear la sociedad perfecta. También se mantiene la discriminación religiosa en los Estados Unidos en el sentido de que no se ha aceptado ayudara los padres que envían sus hijos a escuelas confesionales (lo que sí sucede, en cambio, en Canadá).

Dos amenazas sufre, en este momento, la educación en el Norte: la del consumismo como única meta de la vida, que transforma al hombre en un apéndice de la producción material, y la desvalorización de la función docente, que provoca la disminu-

ción del interés entre los jóvenes de esa vocación.

A pesar de todo, no hay dudas de que el sistema educativo del Norte sigue siendo uno de los mejores del mundo, incluso en el subsistema católico por el número y la calidad de sus establecimientos, entre los que se destacan las universidades.

Las insatisfacciones existentes llevan a proponer soluciones practicas que son verdaderas reformas, como un reconocimiento de los derechos de los padres de familia a escoger la forma de educación que quieran para sus hijos, el mejoramiento de los programas académicos de las escuelas públicas (sobre todo para los pobres) y procesos para enfrentar problemas de drogadicción, deserción escolar, violencia, etc.

Las sociedades en busca de desarrollo

Desde el Río Grande hacia el sur nos encontramos con sociedades que buscan crear espacios de libertad tanto en lo político como en lo educativo. El movimiento hacia la democracia se va consolidando al mismo tiempo que la cultura adveniente debe aceptar el desafío católico dada su presencia exigente en todos los ambientes.

Hay mucha pobreza en los sistemas educativos, pero también innumerables sacrificios e inventiva para resolver los problemas. Aunque los sistemas políticos reconocen la necesidad de la educación primaria obligatoria, no siempre se logra el objetivo, especialmente en las zonas más pobres. Pero en muchos países todo está en revisión y, por lo tanto, pueden esperarse algunas transformaciones. Mientras tanto encontramos en los ambientes pedagógicos grandes diferencias, ya que existen los que cuentan con todos los avances modernos y muchos que de ambiente pedagógico sólo tienen el nombre (y esto se da hasta en los países mas avanzados).

La gran víctima de las dificultades pedagógicas son los maes-

tros. Se ha perdido el liderazgo docente y la figura del maestro ya no ocupa un lugar de respeto e influencia en la sociedad.

Disminuyen las vocaciones por la actividad docente porque se ha perdido la autoestima, corroborada por la exigua retribución que la sociedad reconoce a la tarea escolar. Se está perdiendo la mística del educador porque éste se ve sólo como un trabajador asalariado más. Y, como en el caso argentino, por más que quien lo contrate sea la institución religiosa, como quien paga el salario es el estado, el maestro se considera un dependiente de éste y no de aquella y por lo tanto se pierde el sentido de la vocación y de la autoridad.

Los educandos sufren la escasez de recursos para la propia vida como el principal obstáculo de su educación, y a esto se agrega el clima tantas veces violento de la vida de la sociedad. Así nos encontramos con el peligro de una nueva sociedad sin valores. Es necesaria una reacción.

Tampoco la relación entre la escuela y la familia es la mejor para asegurar una buena tarea educadora. O la familia pierde el sentido de su tarea educadora al entregar su hijo a la escuela o ésta se arroga un monopolio tal que no admite la intervención familiar, como sucedía en las escuelas tenazmente laicistas de una sociedad religiosa o católica, como en el caso de Francia.

No todo es negativo. Algunos países han iniciado reformas educativas que tienden a responder a los retos de la realidad de los pueblos para liberarlos de las servidumbres culturales, sociales, económicas y políticas que se oponen a su propio desarrollo.

Se busca coordinar la tarea educativa con el mundo del trabajo para acercar ambas esferas de influencia en la vida de las familias y los educandos.

Crece en importancia el interés por las culturas autóctonas que se han mantenido vivas en numerosas etnias.

Crece asimismo el clamor de los pueblos en busca de una mejor educación para sus hijos.

Acción educativa de la CIEC

Frente a esta situación, ¿cuál es la respuesta de la educación católica? Ya en 1945 se creó en Bogotá la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC). Actualmente cuenta con 23 federaciones nacionales a lo largo de todo el continente. Las federaciones se agrupan en regiones, que son siete. También la CIEC es el Secretariado Regional para América de la Oficina Internacional de Educación Católica (OIEC).

La finalidad prioritaria de la CIEC es prestar un servicio de vínculo, de relación entre las diversas federaciones. Publica la revista *Educación hoy* y el boletín informativo *Serví-CIEC*.

En todo el continente 23.955 centros educativos reúnen a 540.850 docentes que atienden a unos 12 millones de alumnos. Es cierto que esto representa apenas un 10 por ciento de la población estudiantil, pero es difícil encontrar otro subsistema escolar con esa proporción. Si además se comprueba que solamente 47.000 de los docentes son sacerdotes, religiosos o religiosas, nos encontramos con casi medio millón de laicos comprometidos en la educación católica. Además, de cada cuatro de ellos tres son mujeres, lo que pone bien en claro la importancia del sexo femenino en este campo.

Terminemos esta apreciación sobre el aporte de la educación católica en nuestro continente señalando el particular empeño que, desde el Concilio Vaticano II y sus aplicaciones en América latina -desarrolladas por el episcopado latinoamericano en las asambleas de Medellín y Puebla, especialmente-, se ha manifestado en tomo ala necesidad de ampliar la influencia en los medios populares como campo más propicio para la evangelización de la cultura.

Marco teórico

Una vez presentada la realidad de la educación en general y la católica en particular, la CIEC en su proyecto educativo quiere señalar en primer lugar el marco teórico que le permitirá trazar las líneas futuras del accionar de su gente.

Este marco teórico surge indudablemente de las fuentes evangélicas del pensar católico y éstas anuncian en primer lugar una nueva manera de ser persona.

Para la CIEC, la persona que surge en la actualidad del mensaje de Cristo toma conciencia de su autonomía, de su capacidad crítica, participativa, fraterna y solidaria. Es decir que sólo puede ser reconocida como cristiana aquélla consciente de su dignidad, de hijo de Dios, que al mismo tiempo la reconoce en todos los demás.

Hoy esta dignidad no puede ser sino el medio para poder actuar en el proceso de liberación cristiana del hombre y de todos los hombres; esta persona se inserta en su comunidad, desde cuyo interior favorece su construcción, su expansión y renovación en la búsqueda del bien común y la necesaria comunión social para transformara la sociedad entera; se vincula y trabaja por realizar su propia cultura, incluyendo en esta realización la apertura hacia las demás; que sea capaz de amar con pasión al mundo y a toda la creación de Dios, asumiendo la necesidad de superar los sufrimientos de las mayorías y de salvaguardar la naturaleza amenazada por los sistemas económicos y culturales cuyo objetivo es el consumo desenfrenado, dañoso para el mundo material y perjudicial para el hombre convertido en mero consumidor de las cosas.

Una persona, por lo tanto, consciente de que al construir la historia en la línea de la justicia, la solidaridad y la fraternidad, también está dando testimonio del Reino de Dios, en la transformación de la sociedad actual.

Una nueva sociedad

De este tipo de personas no hay dudas de que debe surgir una nueva sociedad. Por eso, la CIEC opta por una sociedad cuyo fundamento sea el reconocimiento de la dignidad de la persona humana, dignidad dada por Dios a los hombres a través de la Creación y la Redención. Y exaltada de un modo especial en el Concilio Vaticano II a través de la defensa de la libertad de conciencia en su declaración que lleva como título, precisamente, *Dignitatis humanae*, la dignidad humana, y que es un canto a la libertad del hombre en busca de la Verdad.

La sociedad así entendida debe ser justa, pluralista, participativa, democrática, solidaria y fraterna. Como se ve la CIEC acumula adjetivos a fin de describir ampliamente el ideal.

Y agrega como objetivo la comunión social y como camino el proceso de evangelización que lleva a la liberación. Aquí se observa, nuevamente la influencia de este término, de rancia tradición veterotestamentaria, que la teología del mismo nombre desarrolló ampliamente en América latina a partir de la reunión episcopal realizada en Medellín (1968), es decir, veinticinco años atrás.

Por eso mismo, y según el Evangelio, esa sociedad debe colocar al débil, al pequeño, al pobre, como sujeto preferencial de su proceso de desarrollo social. Por lo tanto esa sociedad conjuga la justicia social, la liberación y las libertades personales.

Indudablemente se irá construyendo con prácticas imperfectas y, a veces, ambiguas y se realizará en medio de tensiones y conflictos como fruto del esfuerzo colectivo de hombres y mujeres de buena voluntad, del amor y de la misericordia y por eso mismo es una sociedad que es anuncio y esperanza de un Cielo y Tierra nuevos.

La Iglesia que queremos ser

Está muy claro que esta persona que desea la CIEC y la sociedad que anhela como su fruto presupone y prepara una Iglesia, verdadero Pueblo de Dios, profético, misionero y celebrativo de la voluntad del Padre.

Esta Iglesia es la que está en constante conversión y que en nuestro siglo lleva recorrido un camino de santidad y martirio como en pocas épocas de su historia ha alcanzado tal intensidad. Desde que en 1870 la Iglesia Católica dejó de ser una iglesia-estado perdiendo todos sus dominios territoriales, su conversión a lo espiritual se tradujo, en primer lugar, en grandes Pontífices que la guiaron admirablemente a lo largo de las dos guerras mundiales, las bombas atómicas y el holocausto judío. Alcanzó una de sus altas cimas en el Concilio Vaticano II y hoy se encamina al festejo del Jubileo del año 2000. Abierta, en actitud de diálogo con todas las culturas y denominaciones religiosas, ejerce su vocación de anuncio y denuncia, de servicio y celebración, al concretizar en la historia el misterio de la acción salvífica de Cristo.

Desde esta perspectiva la CIEC presenta el marco educativo hacia una educación alternativa.

Educación evangelizadora en clave de liberación

Para entender secularmente esta expresión es necesario remontarse al hecho fundamental de que la acción de Jesucristo es anunciar una “buena noticia” (euángelion, del griego *eu*, bueno, y *ángelos*, mensajero); y esta buena noticia es que el hombre, por la obra de Cristo, ha sido “liberado” del pecado y de todas sus consecuencias. Por lo tanto, la CIEC se juega por una “educación informada por la buena noticia de que el hombre no está ya dominado por el pecado”. Si añadimos que por “pecado” la Iglesia del Concilio Vaticano II, además del sentido tradicional de faltas contra los mandamientos, incluye lo que podemos resumir como

faltas contra la justicia social y las llamadas “estructuras sociales de pecado” (como podrían ser todos los sistemas económicos que no tienen al hombre como centro de atención), nos iríamos acercando a la comprensión del tipo de educación que quiere proponer la CIEC. De hecho, éste es el fruto de los casi treinta años de reflexión que van desde la ya citada Conferencia Episcopal de Medellín hasta nuestros días.

Curiosamente, la CIEC, para poner en práctica esta educación alternativa, señala en primer lugar los pasos más difíciles y habla de “conversión” y de “educación desde los pobres”.

La “conversión” es la palabra que encierra los efectos de haber aceptado a Jesucristo como Mesías y Salvador de la Humanidad, como le sucedió a Pablo en su camino a Damasco, envuelto en una luz que lo hace caer y quedar deslumbrado por las palabras del mismo Jesús: “Yo soy Jesús a quien tu persigues”. Aunque Pablo entendía que perseguía a hombres y mujeres, Cristo le descubre que al perseguir a sus seguidores lo estaba persiguiendo a El.

Quiere decir que la CIEC entiende hablar a cristianos y no a todos los educadores. Aunque podría entenderse también que ofrece la conversión a todos los que quieran realizar una distinta educación.

El segundo término, “educación desde los pobres”, podría ser más atrayente porque no hay dudas de que en nuestros tiempos hay muchas personas, cristianas o no, que han tomado conciencia de las graves situaciones que soportan los pobres, comenzando por los niños. Y esto no sólo se da en los países más necesitados, sino también entre los desarrollados como pueden ser los del norte de nuestro continente.

De esta manera, la propuesta de la CIEC podría envolver a muchos otros educadores, aunque el fundamento para la CIEC nace del hecho de que la misión de Jesucristo encierra el anuncio

de la buena noticia, especialmente a los pobres, como ya lo proclamaba el profeta Isaías.

Para el catolicismo, esta opción preferencial por los pobres se hará realidad en la medida en que sea capaz de “acompañar al pueblo en la construcción de su propia identidad en el proceso de irse convirtiendo en el sujeto de un proyecto histórico”.

Liberación del pueblo, liberación de la educación

La educación liberadora es la respuesta que la Iglesia entiende debe dar a la situación de nuestro continente para liberar a los pueblos, en primer lugar, del pecado, ya que toda opresión es negación del proyecto de Dios tanto en el corazón del hombre como en la estructura de la sociedad, tanto a nivel personal como colectivo.

Pero también la educación debe ser liberada. ¿De cuántas cosas puede ser liberada la educación? Del miedo a proponer nuevas alternativas; de los fines elaborados a espaldas de la realidad de la comunidad, de la región o del país; de la adhesión acrítica y legalista a las imposiciones de las autoridades educativas del país; del sometimiento a las avalanchas de aculturación que imponen modelos de vida contrarios a la identidad, a las necesidades y a las aspiraciones sociales de las comunidades; de la dependencia respecto a los que detentan el poder y acumulan las riquezas y viven del prestigio; de la desconfianza en la capacidad que tienen nuestros pueblos para idear su propia educación y su propio futuro; de la falta de fe en las personas, sobre todo si son pobres.

El centro del proceso educativo y de la acción evangelizadora está en la liberación humana y la justicia social. Toda educación auténtica no es más que un proceso de personalización y humanización y esta educación alternativa se esfuerza en realizar la persona humana hasta la dimensión del Dios hecho hombre.

La educación alternativa y la democracia

La educación es, asimismo, política por sus fines y porque debe contribuir a formar el ciudadano que participe, con una conciencia crítica y desde los intereses populares, en la transformación de la sociedad y la búsqueda del bien común. En esta educación y a través de la misma organización escolar debe enseñar a vivir en democracia, aunque se espere que la misma sociedad también coadyuve en esa tarea.

Como parte de esta formación política se dará mucha importancia a la comprensión crítica de la realidad, por medio de su análisis y evaluación constante. Y contribuyendo desde la escuela a la formación y apoyo a las organizaciones y movimientos populares que son el sujeto protagónico de las transformaciones sociales.

De acuerdo con los principios de participación, subsidiaridad, descentralización del poder y toma colectiva de las decisiones que afectan al bien común a través de los cuales se consolida el régimen democrático, esta educación del sujeto para la política debe ir acompañada de una educación que promueva la cultura del trabajo, de la cosa bien hecha para asegurar el ejercicio de la virtud de la prudencia, virtud de la acción por la que el hombre se perfecciona en el obrar surgido de sí mismo. El hombre es ante todo un ser activo, por ser semejanza e imagen del Dios Creador.

Una de las metas de nuestra opción educativa es la humanización del trabajo y la socialización del producto del trabajo humano, en un espíritu verdaderamente comunitario y de solidaridad.

Educación y culturas

Ante todo, en América se debe reconocer el valor de las culturas de sus pueblos y sólo desde ellas se podrán aceptar los aportes de las demás. Este es uno de los aspectos más importantes de la educación: enseñar la capacidad crítica de crecer en la propia cultura y hacerla progresar en el contacto con las demás.

Formación en los valores

La situación del mundo, al concluir el siglo XX, es de una desesperanza con respecto a todas las ideologías que a lo largo del mismo han ido fracasando una tras otra. Algunas, como la nacionalsocialista, envueltas en los horrores de la mas sangrienta de las guerras que ha conocido la humanidad; otras, como el marxismo, erosionadas por contradicciones internas que las dejaron sin capacidad de analizar los mismos resultados de su aplicación.

Frente a esta situación los valores cristianos recuperan su juventud y su sabor de futuro, encarrilados por el espíritu de paz y de solidaridad que se experimenta como la gran necesidad de la actualidad para una tierra que se descubre muy pequeña ante la grandeza del micro y el macrocosmos. Los valores cristianos no sólo se encarnan en la Iglesia Católica mundial, sino también en sus comunidades de base, en las familias y también en la comunidad educativa. Y en el catolicismo esos valores vividos deben ser celebrados festivamente como signos de esperanza de un mundo mejor y de un Reino de los Cielos preparado desde esta tierra.

Pero la fiesta es fundamental. Así también esperamos festejar el año 2000 de la Redención. Por lo tanto podemos decir que la educación católica se ha comprometido con una educación:

en y para-el amor,
en y para la justicia,
en y para la solidaridad,
en y para la paz,
en y para la participación.

Como se ve es amplia la responsabilidad que quiere asumir la educación católica en el continente. Si agregamos todavía que se habla de formar la conciencia ecológica, de participar en la producción del conocimiento y que la columna vertebral de la educación

evangelizadora no puede ser otra que el proceso de educación en la fe, llegaremos a comprender las dimensiones de la tarea.

Así nos encontramos con que el catolicismo americano a través de su órgano principal ha asumido una responsabilidad muy grande que esperemos dé sus frutos en los años venideros, ya que este documento que hemos pretendido presentar resumido, abre amplias perspectivas y seguramente será necesario elaborar los caminos a través de los cuales se puedan concretar sus numerosas afirmaciones voluntaristas. Pero, mucho peor sería que no hubiese esos buenos propósitos.

CAPITULO VIII

OTRA PROPUESTA MUNDIAL

La revolución de la sostenibilidad

El tema de la educación y la democracia no estaría completo si no hiciéramos referencia al problema más vasto del futuro de la humanidad y cómo es visto por la ciencia contemporánea. Ya hemos mencionado lo que está sucediendo en el mundo de la física astronómica y subatómica. Otros grupos se han dedicado a pensar e investigar acerca del crecimiento y desarrollo de la humanidad en sus diversos aspectos. Uno de estos grupos, el Club de Roma, institución fundada por el empresario italiano Aurelio Peccei, solicitó en 1971 a un grupo de científicos del *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) que estudiara los límites del crecimiento y así se llamó el libro dado a publicidad.

Sus autores fueron la doctora Donella H. Meadows, del *Environmental Studies Program* del *Dartmouth College* (Estados Unidos), el doctor Dennis Meadows, de la *Sloan School of Management* del MIT (Estados Unidos), y el doctor Jorgen Randers, presidente de *S. Sejersted Bodtke and Co. AS* (Noruega), quienes contaron con la colaboración de un numeroso grupo de investigadores. El maestro de muchos de ellos fue Jay W. Forrester, profesor emérito de la misma *Sloan School of Management* del MIT.

Las conclusiones más generales se podrían reducir a dos: la

primera fijaba un límite de cien años a la posibilidad de un colapso mundial; la segunda aclaraba que las tendencias que llevaban a ese colapso podían ser alteradas para lograr condiciones de estabilidad económica y ecológica capaces de ser mantenidas en un futuro mas prolongado. Es decir, no anunciaban una catastrofe como inevitable ya que consideraban que el ser humano era capaz de cambiar el rumbo que llevaba y que cuanto antes se produjera ese cambio menores serían los esfuerzos necesarios.

El resultado del trabajo, logrado por la íntima relación entre el uso de las computadoras, los excelentes investigadores del MIT y el apoyo del Club de Roma, provocó un gran Interés que los medios de comunicación social se encargaron de ensombrecer para hacerlo más atrayente al gran público.

Veinte años más tarde, el mismo Club de Roma pidió a aquellos investigadores que revisaran su trabajo. Así llego a las manos del público otro trabajo llamado *Más allá de los límites del crecimiento*, que en español se conoció en 1992. No es meramente una revisión, sino que es un nuevo trabajo. Las conclusiones son similares, pero nos Interesa, para el cometido de este Estudio, señalar la importancia del último capítulo, el octavo, titulado “Sobrepasamiento sin colapso”. En éste propugnan una tercera revolución, después de las dos anteriores que designan con los nombres de revolución agrícola y revolución industrial, y se refieren a la posibilidad de una *revolución de la sostenibilidad*.

Al finalizar el capítulo anterior, el séptimo, los científicos terminan con este párrafo, que transcribimos tal cual:

“La necesidad de llevar al mundo industrial desde el crecimiento hasta la siguiente etapa de evolución no es un desastre, es una oportunidad. Cómo atrapar la ocasion, cómo materializar un mundo sostenible que no sea sólo funcional sino deseable, es una cuestión de liderazgo y ética, así como de visión y coraje. Esas son propiedades no de tecnologías, mercados, gobiernos, corporaciones o modelos de ordenadores, sino del corazón y el

alma humanos. Para hablar de todo ello, los autores necesitan abrir aquí un nuevo capítulo, para quitarse sus sombreros de modelistas informáticos y despojarse de sus blancas batas de científicos, para reaparecer como sencillos seres humanos”.

¿Qué nos quieren decir estos sencillos seres humanos? Trátemos de resumirlo. Después de considerar brevemente las dos grandes revoluciones anteriores, la agrícola y la industrial, que cubren no mucho más que 8.000 años de la humanidad, ésta se encuentra ante la necesidad de una nueva revolución: la de lograr un crecimiento o desarrollo sustentable para todos los hombres y por mucho más tiempo del que actualmente asegura la revolución industrial. ¿Cómo lograrla? No hay un método, ni un manual para realizarla. Pero sí se pueden señalar ciertos caminos. Veamos cuales nos proponen los autores.

Al primero lo denominan *desarrollar visiones*. Imaginar lo que uno realmente quiere, eliminando todos los descreimientos y todas las desilusiones pasadas, “permitiendo a nuestra mente alojarse dentro de sus sueños más nobles, altruistas y atesorados”. Algunos no lo aceptarán. Son los escépticos y pueden ser útiles para equilibrar nuestras visiones. Pero la visión es absolutamente necesaria para guiar y motivar la acción.

El segundo camino es *construir redes*. Son simplemente agrupamientos de personas que se mantienen en contacto, que hacen circular entre ellas datos, herramientas e ideas y, lo más importante, aliento. Es también un tejido de conexiones entre iguales. Y lo que mantiene unida a cada una de las redes son los valores compartidos y la comprensión de que algunas tareas que pueden realizarse en forma conjunta jamás se lograrían por separado.

El tercero es *decirla verdad*. Y en este punto agregan:

“No, no estamos más seguros de la verdad que otro cualquiera. Pero a menudo reconocemos lo que no es cierto cuando lo

escuchamos, ya provenga de nuestras propias bocas o de la de los otros, y en especial cuando proviene de publicistas y de dirigentes políticos”.

Podemos decir que el conjunto de la humanidad esta en peligro “si cada uno de nosotros no se atreve, desde ahora y en adelante, a decir siempre solo la verdad y toda la verdad, y hacer eso con presteza ahora mismo”. Y traen un conjunto de tergiversaciones más habituales.

Todo esto sería Inútil si no se convirtiera en acción, pero para actuar es necesario que *aprendamos cada vez más y cosas nuevas*. Es aceptar que necesitamos seguir aprendiendo ya que las profundidades de la ignorancia humana son mayores de lo que la mayoría de los humanos están dispuestos a admitir. Y, sin embargo, es necesario que todos los hombres se comprometan con la acción. Nadie puede disponer de libertad para aprender, sin paciencia y capacidad de perdonar. Y esta acción debe encontrar un equilibrio entre urgencia y paciencia, disponibilidad y perdón, es un tarea que requiere compasión, humildad, una cabeza despejada y honestidad.

La conclusión de este párrafo sobre la acción y el aprendizaje necesario para mejorarla es la siguiente:

“En la lucha por un mundo sustentable, no es necesario demasiado tiempo para que aun las personas más experimentadas, racionales y prácticas, incluso aquéllas que no han sido formadas en el lenguaje del humanismo, comiencen a hablar, con las palabras que puedan dominar, de la virtud, la moralidad, la sabiduría y el amor”.

Por lo tanto, si el quinto principio es *el aprendizaje y la acción* nos encontramos con que el sexto es el *amor*.

Es notable que este libro que estamos presentando y que conjuga el esfuerzo de las computadoras, la sabiduría de los

científicos del MIT y el prestigio del Club de Roma termine llamando en su ayuda al amor, y con estas palabras: “Una cultura que no puede creer en discutir y desarrollar las mejores cualidades humanas adolece de una trágica distorsión de información”.

Nuestra cultura no quiere hablar de amor sino en el sentido más romántico y trivial. Quienes pretenden afirmar la necesidad de la practica de un amor fraternal entre los hombres será objeto del ridículo antes de que se lo tome en serio. La posibilidad de realizar un crecimiento sostenible, sin embargo, depende de que predominen los optimistas, los que creen que los seres humanos son capaces de operar colectivamente sobre la base del amor. Si nuestra sociedad insiste en desarrollar en forma sistemática el individualismo de las personas, su competitividad y su cinismo, seguirá creciendo el número de los pesimistas.

Y, siguiendo a Aurelio Peccei, consideran que el humanismo acorde con nuestra época debe alentar el auge de nuevos sistemas de valores para recomponer nuestro equilibrio interno, para llenar el vacío de nuestras vidas; debe ser capaz de restablecer dentro de nosotros el amor, la amistad, la comprensión, la solidaridad, el espíritu de sacrificio, la convivencia. Y finalmente, ese humanismo debe hacernos comprender que cuanto más estrechamente nos unan estas cualidades a las otras formas de vida y a nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo, más ganaremos. Como dice Octavio Paz: “el ideal de una sociedad civilizada -nunca realizado- sería una república de amigos” (1992, 114).

Cada vez más los hombres de todos los pensamientos buscan lo que llaman un nuevo humanismo. Es necesario que, cuanto antes, este espíritu llegue a nuestra escuela para afianzar la incipiente democracia que vivimos.

CONCLUSION

La educación tendrá siempre una gran influencia en la formación de un pueblo para que sea capaz de vivir en democracia. Existe la necesidad de una educación que considere al ser humano en todas sus dimensiones para poder ser plenamente hombre, capaz de asumir en sus manos sus propios destinos. De ahí la urgencia que deben sentir las religiones en colaborar con este propósito que, de alguna manera, esté ínsito en sus mismas preocupaciones. El continente americano es prácticamente el único cristiano. Por lo tanto en la medida en que este tipo de relación con Dios a través de Jesucristo asuma su responsabilidad, mejores serán los frutos en democracia y solidaridad.

Por lo demás, como hemos querido señalarlo, los hombres de ciencia, nuestros contemporáneos y los estudiosos en general se encuentran en este final de siglo revisando los resultados de las distintas ideologías de nuestra época. Curiosamente, el mundo se le aparece a la ciencia cada vez más como el fruto de un pensamiento cuya última intención parece ser la creación de un ser libre y capaz de amar y de reflexionar sobre la propia evolución. Frente a todas las demás actitudes del hombre, el amor aparece hoy como su propia última clave. Por eso hay quienes afirman que es necesario poner en manos del amor el futuro del hombre. Para ese tipo de futuro, la educación y la democracia serán instrumentos indispensables.

Por una educación personalizadora y “amorizadora”, por una democracia fruto de esa educación, capaz de crear solidaridad y convivencia pacíficas entre todos los hombres, hemos escrito estas líneas. Que el Señor nos ayude a lograr su propósito. Contribuir a esta toma de conciencia es el objetivo de este Estudio.

BIBLIOGRAFIA

- Bloom, Allan. 1987. *The closing of the American mind: How higher education has failed democracy and impoverished the souls of today's students*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Bruno, Cayetano. 1971. *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Tomo VII, 1800-1812. Buenos Aires: Don Bosco.
- Calvez, J.-Y., S.J.; H. Tincq. 1992. *L'Eglise pour la démocratie*. París: Centurion.
- Capra, Fritjof. 1992. *El punto crucial: Ciencia, sociedad y cultura naciente*. Buenos Aires: Troquel.
- Confederación Interamericana de la Educación Católica (CIEC). 1991. *Servi-CIEC* 15.
- . 1992. *Servi-CiEC* 16.
- De Lella, Cayetano y Carlos Pedro Krotsch, comp. 1989. *El Congreso Nacional Pedagógico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Episcopado Católico Argentino. Equipo de Educación Católica. 1983. *Educación y proyecto de vida*. Buenos Aires: Oficina del libro.
- García Delgado, Daniel. 1993. Relaciones entre el estado y la

- sociedad en la democracia argentina. En *América latina y la Doctrina Social de la Iglesia: Diálogo latinoamericano-alemán*, compilado por Felipe Mac Gregor y Nikolaus Werz. Tomo 4B, *Democracia: derechos humanos y orden político*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.
- Iantorno, Mario, S.D.B. 1992a. Educación, evangelización, compromiso, una nueva opción educativa para América. *CIAS-Revista del Centro de investigación y Acción Social* [Buenos Aires] 41.418 (noviembre): 521-40.
- . 1992b. Proyecto educativo católico para América "CIEC". *CIAS-Revista del Centro de Investigación y Acción Social* [Buenos Aires] 41.419 (diciembre): 615-26.
- Iglesia Católica Romana. 1984. *Código de Derecho Canónico*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Juan Pablo II. 1994. *Mientras se aproxima el tercer milenio*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.
- Meadows, Donella H., Dennis Meadows y Jorgen Randers. 1993. *Más allá de los límites del crecimiento*. Madrid: El País-Aguilar.
- Ortega y Gasset, José. 1943. *La rebelión de las masas*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Paz, Octavio. 1992. *La llama doble*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Pierís, Aloysius, S.J. 1990. *Une théologie asiatique de la libération*. París: Centurion.
- Pío XII. 1944. *Mensaje navideño*. Buenos Aires: Acción Católica Argentina.
- Planck, Max. 1990. Ciencia contemporánea. *Erfahrungsheilkunde* 12: 807. (Traducción del alemán por Viator.)

- Reich, Robert B. 1993. *El trabajo de las naciones: Hacia el capitalismo del siglo XXI*. Trad. Federico Villegas. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Thuan, Trinh Xuan. 1993. *La méiodie secrète*. París: Fayard.
- Tocqueville, Alexis de. 1963. *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain. 1992. *Critique de la modernité*. París: Fayard.
- Toynbee, Arnold. 1949. *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Yagodin, Guennadi. 1987. *Una educación que realmente forme*. Moscú: Nóvosti.
- Zaslavskaya, Tatiana. 1987. *La restructuración comienza con el hombre*. Moscú: Nóvosti.

INDICE

Introducción	1
La relación intrínseca entre educación y democracia	3
La democracia en América	3
Relación entre educación y democracia	5
El proceso democrático en el mundo	11
El avance de la democracia	11
Ética y democracia	12
La modernidad en la Argentina	15
Las nuevas relaciones entre la sociedad y el estado	15
Su influencia en la educación	17
Las dificultades de hoy de la educación	19
El dilema de la educación	19
Los nuevos tiempos de las ciencias duras: física y mística	23
Historia de las ideas democráticas en América	27
La realidad democrática de Norteamérica	27
¿Qué encontramos en nuestra América?	29
El Congreso Pedagógico Nacional	33
Democracia y educación a partir de 1983	33

La literatura en tomo al Congreso Pedagógico	36
Evaluación y perspectivas	39
El proceso del pensamiento católico en las tres Américas	43
El catolicismo en América	43
La renovación del pensamiento católico en el continente latinoamericano	45
El proyecto educativo católico	47
Visión de la realidad de América (50); La cambiante realidad del mundo (51); Contexto cultural (52); Contexto eclesial(53); Visión de la educación en América (56); Las sociedades en busca de desarrollo (57); Acción educativa de la CIEC (59); Marco teórico (60); Una nuevasociedad (61); La Iglesia que queremos ser (62); Educación evangelizadora en clave de liberación (62); Liberación del pueblo, liberación de la educación (64); La educación alternativa y la democracia (65); Educación y culturas (65); Formación en los valores (66)	
Otra propuesta mundial	69
La revolución de la sostenibilidad	69
Conclusión	75
Bibliografía	77

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA 1a. QUINCENA DE JULIO DE
1995 EN LOS TALLERES GRAFICOS DE "LA LEY" S. A. E. c I.
BERNARDINO RIVADAVIA 130 AVELLANEDA Prov.
DE BUENOS AIRES REPUBLICA ARGENTINA
